

CRISTIANDAD

Año XXVI - NUMERO 465

BARCELONA

NOVIEMBRE 1969

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958



SUMARIO

**DEL CORAZON DEL HOMBRE
AL CORAZON DE CRISTO**

De la Pastoral del
Arzobispo de Barcelona

FE

Joaquín Ruyra

AL SINODO DE OBISPOS

Asociación de Sacerdotes
y Religiosos de S. Antonio
María Claret

LA VIRGEN Y LA IGLESIA

Aloc. de Paulo VI

LA FIESTA DE CRISTO REY

Roberto Cayuela, S. I.

**APORTACION DEL APOSTOLADO
DE LA ORACION AL CINCUENTE-
NARIO DE LA CONSAGRACION DE
ESPAÑA AL CORAZON DE JESUS**

Casimiro Puig, S. I.

**ANTE LA SANTA MISION
GENERAL DE BARCELONA EN 1971**

José Ricart Torrens, Pbro.

**AL MEDIO SIGLO
1917, EN LA TEOLOGIA DE LA
HISTORIA - XIX. ALEMANIA: EL
IMPERIO ANTITEOLOGICO. AUS-
TRIA-HUNGRIA: EL IMPERIO PA-
TERNAL Y AMENAZADO - GUI-
LLERMO II - JUVENTUD PEDANTE.
LA MANIA DE LA REORGANIZA-
CION**

Luis Creus Vidal

**O «PLATEAU DE FROMAGES»
Para todos los gustos**

Plinio Correa de Oliveira

¿COMPLEJO DE CATOLICOS?

Fr. Antonio de Lugo, O. S. H.

**REFLEXION-INACTUALIDAD
DE LA ORACION**

Hans Urs Von Balthasar

ADMINISTRACIÓN: Diputación, 302, 2.º

Teléfonos 222 24 46 y 221 27 75

Director: Fernando Serrano Misas

DEL CORAZON DEL HOMBRE AL CORAZON DE CRISTO*

Queridos diocesanos:

La proximidad de la fiesta litúrgica de Cristo Rey me ha movido a escribir esta Carta Pastoral que os dirijo con honda fe en el Señor, y con el deseo de que pueda servir para su gloria y para la paz de nuestras almas.

Cuando tantas cuestiones y problemas se agitan hoy en la vida de la Iglesia —también en nuestra Iglesia Diocesana— estimo que es necesario levantar nuestra mirada hacia horizontes más altos y señalar, por elevación, el lugar de encuentro y el punto de partida indispensable para nuestro trabajo apostólico.

Como los Apóstoles, en la noche de la última Cena, hemos de volver a sentarnos en torno al Señor, dispuestos a reclinar nuestra cabeza junto a su Corazón, que sigue latiendo en la Iglesia. Obrando así, no tenemos nada que perder, y sí mucho que ganar, con respecto a las demás actividades, preocupaciones y tensiones de esta hora.

Mi reflexión se va a centrar exclusivamente en una idea: la de que el homenaje mejor que hoy podemos ofrecer a Jesucristo Rey es examinarnos todos, sobre cómo vivimos el culto y la devoción al Corazón de Cristo. ¿Por qué no hablar de estos temas, tan importantes para nuestra fe y nuestra piedad cristiana? ¿Por qué tantos y tan pesados silencios, que parecen fruto de una cobardía colectiva?

Deseoso, por mi parte, de no incurrir en ella, os ofrezco, querido diocesanos, esta Carta Pastoral y os pido que la meditéis y la difundáis cuanto sea posible. Del corazón del hombre al Corazón de Cristo; así la he titulado, queriendo significar con ello que el reinado de Jesucristo en el mundo y en la sociedad humana pasa por el corazón de cada uno de nosotros.

(...)

En mayo de este año, los obispos españoles hicimos pública una Exhortación Colectiva en que después de recordar la Consagración de España al Corazón de Jesús en 1919, invitábamos a renovarla ahora, en la fecha en que se cumplía el Cincuentenario de la misma. El documento del Episcopado era un modelo de sobriedad y exactitud en la exposición de motivos doctrinales, en la referencia al pasado, y en la declaración de propósitos respecto al presente.

(...)

En nuestra Diócesis hemos procurado responder a esta llamada del Episcopado, que lógicamente había de encontrar eco en la ciudad del Tibidabo. Mi conciencia pastoral me hace pensar que en esta hora de la Iglesia necesitamos imperiosamente

reavivar el culto al Sagrado Corazón de Jesús, y no incurrir en cobardes silencios ni en abandonos nocivos al Pueblo de Dios que nos está encomendado. La Junta Diocesana que se constituyó para promover en la Diócesis las celebraciones del cincuentenario ha trabajado diligentemente. Recordamos los actos habidos en Santa María del Mar, en la Santa Iglesia Catedral, y en el mismo Templo del Tibidabo, como particularmente expresivos de una actitud religiosa que merece alabanza. ¿Podemos decir que con ellos hemos cumplido ya lo que se nos pedía? Ciertamente no. Si a ello nos limitáramos, daríamos la impresión de que buscábamos más el acto público que la meditación provechosa, la solemnidad exterior más que la renovación interna, la actualización forzada por encima de la permanencia de lo profundo y lo sencillo.

Es muy de desear que, a partir de ahora, hasta el próximo mes de junio de 1970, desarrollemos todos un programa ordenado de enseñanza doctrinal y de culto fervoroso al Sagrado Corazón de Jesús con la oportuna proclamación externa para mejor estímulo de todos y con el discreto silencio de la piedad sencilla para que cale hondo en las almas el valor religioso de este culto y el de la meditación sobre sus insondables riquezas para la vida cristiana.

La Junta promotora constituida hace unos meses debe reanudar sus trabajos y facilitar con sus orientaciones todo cuanto pueda contribuir al logro de los fines señalados.

(...)

Pido a dicha Junta que se esfuerce por realizar dicho trabajo de manera sencilla y realista, pero sólidamente doctrinal, poniendo a disposición de aquellas personas e instituciones a quienes haya de dirigirse, libros, folletos, hojas y guiones escritos que permitan comprender fácilmente las razones invariables que apoyan la necesidad de este trabajo apostólico. Nunca como ahora hemos hablado tanto de comunidad cristiana, y nunca han existido tantos gérmenes de división, tantas contradicciones y divergencias, tantos afanes personalistas de marcar los rumbos de la piedad cristiana olvidándonos de los demás y atentos únicamente al propio criterio. Algo está fallando en la Iglesia de hoy, y es la humilde conciencia de nuestros pecados de toda clase y la fe en el Amor de Dios y de Cristo, "horno ardiente de caridad" en el que pueden y deben quemarse nuestras diferencias.

De manera sencilla y realista

¿Qué queremos decir al hacer esta precisión? Al menos, lo siguiente:

1.º Que, reconociendo que ha habido expresiones externas defectuosas en el culto y en las maneras de hablar sobre el Corazón de Jesús, se corrijan esos defectos, pero no se destruya el contenido sustancial que el culto y la doctrina encierran.

2.º Que se responda sin polémicas ni asperezas a las dificultades que suelen oponerse, con aclaraciones serias,

para lo cual tanto puede ayudar aparte de otros documentos pontificios, la Encíclica "Haurietis Aquas" de Pío XII, con los comentarios que a la misma han hecho diversos autores.

3.º Que se haga ver la relación estrechísima que tiene el culto al Corazón de Jesús, con la Sagrada Eucaristía, centro y quicio fundamental de la vida cristiana.

4.º Que se insista sin cesar en que el culto sincero al Sagrado Corazón de Jesús y nuestra consagración a Él exigen de nosotros un compromiso constante de velar por el cumplimiento de toda justicia en la vida personal, familiar y social.

5.º Que no obstante esto, no se reduzca el horizonte del culto exclusivamente al afán de transformar las condiciones sociales de la vida de los hombres aquí abajo, porque atender solamente a esto sería desnaturalizar la doctrina de la Iglesia y caer en el extremo contrario.

6.º Que, por lo mismo, se haga ver cuál es lo más profundo de la devoción al Corazón de Jesús, teológicamente hablando, y por ello lo que va a la raíz de la transformación de la persona, sin la cual no hay renovación de la sociedad. Precizando más, diremos que es esencial en el culto al Sagrado Corazón de Jesús:

a) reflexionar sobre el Amor que Dios nos tiene;

b) corresponder con el nuestro al suyo, amándole a Él y a los hombres, incluso a nuestros enemigos, para cumplir cada vez mejor el Mandato Nuevo, y llegando hasta la consagración de nosotros mismos en una entrega y donación total que nos haga vivir, a imitación de Cristo, el deseo de cumplir en todo momento la voluntad de Dios;

c) reparar por los pecados, nuestros y de los demás, humildemente atentos a un deber de expiación que incumbe de manera particular a los cristianos, solidarios de Cristo, nuestro Pontífice Santo, en sus dolores y en su sacrificio;

d) no perderse en consideraciones poco indicadas cuando se habla al pueblo sencillo. Los fieles entienden de sobra que el que ama a Cristo amará a su Corazón, "símbolo de su inmensa caridad hacia los hombres", y no disocian ni separan el corazón de la persona de Cristo, sino que comprenden que todo lo que se ofrece al Corazón Divino se ofrece propia y verdaderamente al mismo Cristo, como afirma León XIII en la Encíclica "Annum sacrum".

7.º Que, con el fin de que el ideal de consagración y reparación no se reduzca a la mera recitación de fórmulas hechas, insistan los sacerdotes y los educadores de la fe en la necesidad de la oración, la caridad y la penitencia, actitudes que deben acompañar y brillar siempre con luz intensa en todo aquel que de verdad desee unirse con Cristo y vivir prendido de Él en la intimidad sagrada de su Corazón.

8.º Por último, que con humilde decisión y valentía, sin miedo alguno, esto es, sin miedo, hablemos todos, y

prediquemos a los fieles, y les exhortemos a practicar la devoción y el culto al Sagrado Corazón de Jesús, tal como la Iglesia lo desea. Que sepamos seguir hablando, con justeza y exactitud, de los primeros viernes, de la Comunión frecuente, de las vidas consagradas a Dios, del aborrecimiento del pecado, de la devoción al Corazón Inmaculado de María, del rezo del Rosario, de las visitas a Jesús Sacramentado, es decir, de todo aquello que hoy se está dejando en el olvido, en unos por equivocación trágica, en otros por miedo a parecer anticuados y no conciliares, como quieren decir algunos con expresión injusta y desdichada. La devoción profunda a la Eucaristía y a la Santísima Virgen María, nos ayudará eficazísimamente a penetrar en el conocimiento y la estima del culto al Sagrado Corazón de Jesús, y a la vez se verá perfeccionada y fortalecida en nuestras almas por este mismo culto al Corazón de Cristo porque cuanto más nos acerquemos a Él, mejor comprenderemos que son dones de su corazón a los hombres la Eucaristía, la Virgen, y la misma Iglesia, como afirmaba Pío XII en la Encíclica "Haurietis aquas".

MAGISTERIO DE LA IGLESIA

No es ocioso, a los fines que me propongo en esta Instrucción, añadir ahora una palabra sobre lo que la Iglesia, por boca de los Papas, nos ha dicho y nos sigue diciendo sobre el culto al Corazón de Cristo. Es tan repetida la doctrina, tan insistente la exhortación, tan clara y vehementemente la súplica, tan normal y continua la llamada de los Romanos Pontífices a practicar y vivir la Devoción al Sagrado Corazón de Jesús, que ningún hijo de la Iglesia en cuya alma no haya desaparecido el respeto a lo que significan la voz y la guía espiritual del Papa, podrá permanecer indiferente.

Prescindiendo de los Papas anteriores, cuyos documentos sobre el tema son más conocidos de todos, fijémonos únicamente en Juan XXIII y en Paulo VI, los Papas del Concilio.

Juan XXIII habló de esta devoción, encareciéndola siempre, por lo menos en estas ocasiones:

- a) en la clausura del Sínodo Romano en 1960;
- b) en su carta Apostólica "Inde a Primis" sobre el culto a la Preciosísima Sangre, junio de 1960;
- c) en su mensaje al Congreso Internacional del Sagrado Corazón en Barcelona en octubre de 1961;
- d) en su primera audiencia general una vez comenzado el Concilio, octubre de 1962.

Y, aparte de estos documentos públicos, nos confió en el "Diario del alma" lo que él personalmente sentía, con estas palabras conmovedoras: "Para preservarme del pecado y no dejarme huir lejos de Él, Dios se sirvió de la devoción a la Eucaristía y a su Sagrado Corazón. Esta devoción deberá ser siempre el elemento más eficaz de mi progreso espiritual... Debo considerar que vivo tan sólo

para el Sagrado Corazón." "La misma experiencia me ha confirmado la gran eficacia de este método (de apostolado), que asegura los verdaderos triunfos." Y recién comenzado el Concilio, públicamente proclamaba en su alocución del 17-X-1962: "El culto del Sagrado Corazón es una luz nueva, una llama viva suscitada providencialmente para disipar la tibieza y demostrar el infinito amor de Cristo, como una nueva época de gozo. Esta devoción ha aportado incalculables beneficios a la Iglesia y a toda la humanidad".

De Paulo VI, tenemos los siguientes documentos:

A) Su carta Apostólica "Investigabiles divitias" de febrero de 1965, en la cual escribe: "Las insondables riquezas de Cristo, que brotaron del costado abierto del Divino Redentor, en el momento en que, muriendo en la Cruz, reconcilió al género humano con el Padre Celestial, han brillado con luz tan clarísima en estos últimos tiempos, gracias a los progresos del culto al Sagrado Corazón, que de ello se han seguido gozosos frutos para la Iglesia".

"Puesto que el Sagrado Corazón es horno de caridad ardiente, símbolo e imagen acabada de aquel eterno amor, con el que tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo Único, estamos seguros que esta piadosa conmemoración (centenario de la fiesta del Corazón de Jesús) ha de ayudar a investigar y entender las riquezas de este divino amor, y confiamos también que de ahí han de sacar todos los fieles mayores fuerzas para conformar su vida a las enseñanzas del Evangelio, corregir sus costumbres y cumplir perfectamente toda la Ley divina."

"Ante todo deseamos que se rinda este Culto al Sagrado Corazón por medio de una participación más intensa en el culto al Santísimo Sacramento, ya que el principal don de su amor fue la Eucaristía... Es preciso, pues, que nos lleguemos a este Corazón con deseo ardiente; para que su fuego queme nuestros pecados, ilumine nuestros corazones y de tal manera nos haga arder que nos transformemos en Dios."

"Esta piedad (la devoción y culto al Corazón Eucarístico de Jesús) la exige nuestro tiempo, conforme a las normas insistentes del Concilio Vaticano II, para con Cristo Jesús, Rey y centro de todos los corazones, que es cabeza del cuerpo místico de la Iglesia, el Principio, el Primogénito de todos; así Él tendrá siempre la primacía en todo."

"Puesto que el Concilio Universal recomienda en gran manera los ejercicios de piedad cristiana, especialmente cuando son realizados por voluntad de la Sede Apostólica, parece que éste ante todos hay que inculcar, puesto que todo este culto se dedica a adorar y a reparar a Jesucristo, y está fundado, sobre todo, en el augusto misterio de la Eucaristía, de la cual, como de todas las acciones litúrgicas, se sigue la santificación de los hombres en Cristo y la glorificación de Dios, a la que tiende toda la actividad de la Iglesia, como a su fin."

(...)

"Es absolutamente necesario que los fieles rindan culto y veneración, ya con afecto de íntima piedad, ya con pú-

blicos obsequios, a aquel Corazón de cuya plenitud todos hemos recibido y aprendan de él a ordenar su vida, de modo que responda exactamente a las exigencias de nuestro tiempo. En este santísimo Corazón de Jesús se encuentra el origen y manantial de la misma Sagrada Liturgia.”

B) En mayo del mismo año hizo pública otra carta, la “Diserti interpretes”, dirigida a los Institutos Religiosos especialmente vinculados al Sagrado Corazón de Jesús. A ella pertenecen los siguientes párrafos: “Deseando en gran manera que este culto al Sagrado Corazón florezca cada día con más vigor y sea estimado por todos como una insigne y segura forma de piedad, nos sirve de extraordinario gozo contemplar los grupos generosos y humildes de vuestros hijos, que fieles a su Instituto, dan preclaro testimonio con su vida a los hombres de nuestro tiempo, de cómo deben también ellos practicar esta excelente devoción, de la que saquen como de su fuente el esfuerzo necesario para conformar sus vidas al Evangelio, reformar valientemente sus costumbres y ajustarlas cada vez mejor a las normas de la ley divina.”

“Este creemos que es vuestro deber y vuestro trabajo peculiar: que difundáis cada vez con más ardor este amor al Santísimo Corazón de Jesús y mostréis a todos que aquí es donde han de recibir la inspiración y la mayor eficacia, tanto para la deseada renovación interior y moral, como para una mayor virtualidad de las instituciones de la Iglesia, como reclama el Concilio Vaticano II.”

“Por esta razón es absolutamente necesario que los fieles rindan culto y veneración, ya con actos de íntima piedad, ya con públicos obsequios, a aquel Corazón «de cuya plenitud todos hemos recibido», y aprendan de él a ordenar su vida, de modo que responda exactamente a las exigencias de nuestro tiempo. En este Santísimo Corazón de Jesús se encuentra el origen y manantial de la misma Sagrada Liturgia, puesto que es «el Templo santo de Dios», donde se ofrece el sacrificio de propiciación al Eterno Padre, «de modo que puede salvar perfectamente a cuantos por él se acercan a Dios».”

“De aquí (del Santísimo Corazón de Jesús) recibe también la Iglesia el impulso para buscar y emplear todos los medios que sirvan para la unión plena con la Sede de

Pedro de todos aquellos hermanos que están separados de nosotros; más aún, para que también aquellos que todavía están al margen del nombre cristiano «conozcan con nosotros al único Dios y al que Él envió, Jesucristo». Porque, en efecto, el ardor pastoral y misionero se inflama principalmente en los sacerdotes y en los fieles, para trabajar por la gloria divina, cuando mirando el ejemplo de aquella divina caridad que nos mostró Cristo, consagran todos sus esfuerzos a comunicar a todos los inagotables tesoros de Cristo.”

“A nadie se le oculta que tales son los principales objetivos que, por divina inspiración, recomienda y alienta en los fieles el sagrado Corazón; y mientras nos esforzamos por traducir en realidad lo que la esperanza nos propone, hemos de pedir una y otra vez la luz y fuerza necesarias a aquel Salvador Divino, cuyo Corazón traspasado nos inspira tan ardientes deseos de lograrlo.”

C) En junio de 1966, en la audiencia concedida a los Padres del Sagrado Corazón, dijo: “El amor y la reparación son dos características de todos los tiempos, y hoy, no dudamos en decirlo, son más actuales que nunca...” “Hemos creído nuestro deber recordar (en varias ocasiones) la actualidad y urgencia de esta devoción en la Iglesia, y la necesidad de no dejarla debilitar en el alma de los fieles.”

D) En 17 de noviembre del mismo año, dirigiéndose a los PP. Jesuitas, les dijo: “El culto que promovéis del Sagrado Corazón, ¿no ha de ser todavía para vosotros el instrumento más eficaz para contribuir a la renovación de las almas y de las costumbres del mundo entero, que el Concilio Vaticano II exige, y para cumplir provechosamente la misión que os encargamos de contrarrestar el ateísmo actual?”

Fragmentos de la Carta Pastoral “*Del corazón del hombre al corazón de Cristo*” que con ocasión del cincuentenario de la Consagración de España al Corazón de Jesús ha escrito el Arzobispo de Barcelona Dr. D. Marcelo González Martín. CRISTIANIDAD haciendo eco de este documento reitera su propósito de colaborar ampliamente en la campaña emprendida por nuestro Prelado.



FE

Crec que Jesús es Déu, el cor m'ho diu,
i enamorat segueixo sa doctrina;
no vull saber la causa ni el motiu
de res que hagi dictat sa veu divina;

vull creure refiat, cluca la nina,
el cor rendit, l'enteniment passiu.
Senyor, sóc un infant, aquí em teniu;
sols vostra mà de pare m'encamina.

Ja sé on em portareu; mes... vull anar-hi,
vull seguir la remor del vostre peu
amunt, amunt, fins al mateix Calvari.

Em plau morir en el llit pairal, la creu,
i mentre l'agonia m'aclapari,
pensaré amb goig que em ressuscitareu.



LA FÉ

Creo que Jesús es Dios, me lo dice el corazón — y enamorado sigo su doctrina; — no quiero saber la causa ni el motivo — de nada que haya dictado su voz divina; — quiero creer confiado, cerrados los ojos, — el corazón rendido, el entendimiento pasivo. — Señor, soy un niño, aquí me tenéis; — sólo vuestra mano de padre me encamina. — Ya sé donde me llevaréis; pero... quiero ir, quiero seguir el rumor de vuestro pie — subir, subir, hasta el mismo Calvario. — Me complace morir en el lecho ancestral, la cruz, — y mientras la agonía me anonada — pensaré con gozo que me resucitaréis.

AL SINODO DE OBISPOS

En los números de mayo y junio de 1969 *CRISTIANDAD* publicó dos importantes documentos: *Declaración de principios y criterios sacerdotales* y *Declaración del pueblo de Dios*, de la Asociación de Sacerdotes y Religiosos de S. Antonio M.^a Claret. Nuestra Revista identificada con el espíritu que los inspiró se complace ahora en publicar el siguiente documento de la misma Asociación.

La "Asociación de Sacerdotes y Religiosos de San Antonio María Claret", de la archidiócesis de Barcelona, cuya "Declaración de Principios y Criterios Sacerdotales" dada a conocer el 12 de mayo último en la ciudad de Vich, cabe la tumba del gran obispo y misionero catalán, ha reunido hasta el momento presente más de seis mil adhesiones de sacerdotes y religiosos españoles compenetrados fervorosa y entusiásticamente con ella, quiere presentar a ese Sínodo, con toda la veneración que le merece, sus votos y peticiones sacerdotales.

No pretendemos, en forma alguna, convertirnos en grupo de presión. Ni hacemos constar el número de adheridos como significación de fuerza. Sabemos, por convicción teológica, que la verdad no es fruto del número ni nace de la opinión pública. Los Apóstoles, inermes ante el paganismo, no tuvieron complejo, en su minúscula minoría, ante la avasalladora realidad de una sociedad totalmente contraria al Evangelio de Jesucristo a la que iban a

predicar. Y como los sacerdotes de nuestra Asociación, en su mayoría tienen cura de almas y son ajenos a ciertas disquisiciones de algunos llamados teólogos que actualmente escandalizan al pueblo fiel, y viven de espaldas a sus realidades vivas, tampoco gozan de medios ni creen deber dedicarse a actuaciones similares a la de los grupos "contestatarios", aunque fuese bajo diverso signo. Pero sí que ante la realidad expresada por el Papa: "la Iglesia se encuentra en un momento de inquietud, de autocrítica y podría decirse que incluso de autodestrucción" (7-12-68), nos creemos obligados a manifestar lo que hace sufrir a nuestro sacerdocio y perjudica gravemente a las almas que tenemos encomendadas. Y lo hacemos por fidelidad a nuestra misión sacerdotal y para ayudar a la Jerarquía a sentir todo el peso de su propia responsabilidad en esta hora en que se juega la suerte futura de la Iglesia.

He aquí nuestro pensamiento sobre tres problemas fundamentales.

I. — MAGISTERIO Y GOBIERNO ECLESIASTICO

El Evangelio y la teología nos enseñan que la Iglesia no sólo tiene el mensaje de la Verdad eterna y los medios de la Gracia sino que, además, como sociedad perfecta, posee la plena potestad legislativa, judicial y coactiva.

No basta la enunciación clara y completa de la verdad católica, si al mismo tiempo no se contiene y aparta a los que, desde el propio seno de la Iglesia, osan combatir, mixtificar y pervertir el dogma y la moral con esfuerzo sistemático y aun organizado. Así, la propia encíclica "Mysterium fidei" no puede tener eficacia doctrinal completa, si prosigue la propagación de los errores que la ocasionaron. Lo mismo ocurre con otros recientes documentos doctrinales del Magisterio pontificio, que afirman y declaran verdades evangélicas y teológicas. Mientras nos alegra y conforta la actuación del Magisterio, percibimos una insólita tolerancia hacia aquellos mismos que impugnan dichas verdades y quiebran con escándalo la disciplina eclesiástica.

Está claro que el fallo no radica únicamente en la rebeldía de unos extraviados sino en la extraña prudencia de gobierno que la consiente y aún fomenta con la renuncia de las medidas que debe aplicar según la misión divina de "columna y fundamento de la verdad".

Se nos dirá que la autoridad suprema en su ejercicio responde a una alta y amplia visión de conjunto que escapa a todos los demás. Y esto es muy cierto. Y que se extrema la paciencia y longanimidad para obviar escisio-

nes dolorosas y sanar a muchos obcecados que se confía reaccionen saludablemente.

A eso respondemos que San Pío X en la "Pascendi" y otros documentos suyos y Pablo VI en la "Ecclesiam suam" han constatado la existencia dentro de la Iglesia del Modernismo, que, según la enseñanza del Papa Santo, es un cúmulo de todas las herejías y, además, una organización que trabaja por destruirla desde dentro.

Lo que ya en tiempos de San Pío X era una realidad, hoy cuenta con personalidades, teólogos, organismos, medios de comunicación social y se atreve a audacias inverosímiles. Pensar que este conjunto de enemigos de la Iglesia, cuando menos en sus cabezas, será amansado con lamentaciones paternas y lacrimosas amonestaciones es una original manera de concebir el trato que la Iglesia de Dios debe dar a los fautores de errores, herejías e indisciplinas, si son contumaces.

Hasta ahora la historia eclesiástica es testigo de que los Papas que han subido a los altares y cuyas gestas recordamos con especial veneración, se han distinguido por su firmeza indomable frente al error y a los enemigos de la Iglesia. No les atemorizó ni la fuerza de las armas ni la opinión pública pues se sentían poseídos del Espíritu Santo que les hacía más poderosos que todas las fuerzas coaligadas del Mal.

Por otra parte, la experiencia reciente es bien aleccio-

nadora. Paulo VI ha dicho que "la perturbación interior aguda y compleja (de la Iglesia), nadie se la hubiera esperado después del Concilio" (7-12-68). Baste recordar la situación de unidad y próspero crecimiento hace tan sólo diez años en el Catolicismo y el panorama desolador de la hora presente con tantas apostasias, secularizaciones, pérdida de vocaciones, y la visible decadencia de la práctica religiosa entre los fieles católicos, hoy sumidos en un estéril y terrible confusionismo.

A los optimismos de la primera hora del Concilio, hemos visto seguir los males que se atribuían a la propia marcha del mismo en espera de que al término del Concilio se puntualizarían actitudes y doctrinas. Hoy vemos que el mal crece y se agrava mientras muchos Prelados nos confiesan, en privado y en público, que se hallan imposibilitados de actuar, pues tienen consignas de no aplicar las medidas medicinales que claramente señala el derecho Canónico.

Es de rigor que debe haber una coherencia necesaria y lógica entre la doctrina y el gobierno eclesiástico. La falta de esta coherencia es para nosotros, sacerdotes entre el pueblo y para el pueblo, el primer obstáculo para nuestra vida sacerdotal y apostólica. Mientras por una parte se hagan maravillosas exposiciones dogmáticas y ascéticas

pero por otra se entreguen las cátedras de los seminarios, las sedes episcopales y los medios de comunicación social a muchos que descaradamente niegan, de modo implícito o explícito, tales enseñanzas y que propugnan unos medios de pastoral totalmente extraños a la tradición eclesiástica, cuyos resultados inmediatos son la dispersión de vocaciones, el abandono de los votos religiosos y el escándalo del pueblo cristiano, pensamos que nuestros males se acrecentarán. Dios no puede bendecir una política de gobierno del pueblo de Dios que tolere impunemente una situación tan contradictoria y dañosa.

Hijos de la Iglesia pedimos con gemidos del alma a ese SÍNODO DE OBISPOS el término de semejante aberración; el fin de tantos procedimientos tomados de los sistemas políticos, con sus encuestas, parlamentarismo a ultranza, opiniones y declaraciones en la prensa sensacionalista, incluso entre Cardenales y Obispos que se contradicen. Y vuelva la Iglesia Jerárquica al ejercicio pleno de la autoridad recibida de Jesucristo, siendo mantenida la colegialidad en la estricta medida que corresponde a su ortodoxa interpretación, y esto en el terreno teórico y en el práctico. Sólo en la fuerte y humilde coherencia entre la doctrina y el gobierno podemos esperar la plena asistencia del Espíritu Santo a su Iglesia.

II. — EL SAGRADO CELIBATO

En tiempos normales ningún sacerdote se habría atrevido públicamente a negar los valores sobrenaturales y apostólicos del celibato. Tenían que llegar las circunstancias actuales, con las falsas invocaciones de la vuelta a los orígenes, para negar la primacía que Jesucristo, y san Pablo con Él, nos enseñan en favor de la virginidad y el celibato sobre el estado del matrimonio.

El celibato fue una conquista del sacerdocio católico en la primera evolución de la Iglesia, y su grandeza y fecundidad la han glorificado los santos y el pueblo fiel y la han odiado los enemigos de la Iglesia y las sectas anticristianas. Es ley del apostolado católico que a mayor pureza y vigencia del celibato han florecido más numerosas y selectas las familias cristianas y la Iglesia alcanzó los mayores niveles de su Historia. La decadencia del celibato, por el contrario, ha coincidido siempre con épocas tristes que sólo pudieron remontar nuevos apóstoles de la castidad sacerdotal, que fueron los mejores misioneros y los únicos auténticos apóstoles del pueblo cristiano.

La "Sacerdotalis coelibatus" normalmente debió de haber puesto fin a toda polémica sobre el tema. No ha sido así. En todas las naciones, con una simultaneidad que descubre la maniobra del "modernismo-organización" incrustado en el seno de la Iglesia, y a través de innúmeras conferencias, declaraciones, encuestas, asambleas y entrevistas por TV, se propugna abiertamente la desaparición del celibato eclesiástico o su libre opción por lo menos.

Si a esto se añade el aumento vertiginoso de las secu-

larizaciones y la caída vertical del número de seminaristas, ¿quién no ve que se proyecta llegar a una situación "de facto" que fuerce los acontecimientos? Porque si para los católicos normales es una desgracia la carencia de sacerdotes y seminaristas, para los enemigos del celibato eclesiástico tal hecho es un tanto en favor de la táctica premeditada con que planifican la desaparición del mismo. Se busca provocar una situación tal que resulte forzosa la ordenación sacerdotal de casados con garantías de ejemplaridad y por ahí abrir el boquete que hunda el sagrado celibato para el futuro.

Denunciamos con energía esta táctica. Porque muchos exabruptos y atrevimientos inadmisibles que la Jerarquía espontáneamente rechazó, no mucho después han logrado triunfar e imponerse cayendo en el ridículo quienes se mantuvieron fieles en su obediencia a los preceptuados. En materia litúrgica y en otros aspectos disciplinares, este caso se ha repetido demasiadas veces. Por lo que toca a la derogación, o simple opción del celibato eclesiástico, nosotros queremos decir con franqueza evangélica que si a esto se llega resultará un daño irreparable a la propia virtud que debe brillar en toda vida sacerdotal y será motivo de escándalo y desmoralización en el pueblo fiel, y aun de apartamiento de éste para con los sacerdotes.

Aunque a tal extremo se llegara, nadie honradamente, en la presencia de Dios, podría afirmar que es imposible mantener el celibato para el clero actual ni que la juventud de nuestro tiempo sea incapaz de entusiasmarse con su hermoso ideal de íntegra ofrenda a Dios y a las almas.

La quiebra del más rico tesoro del sacerdocio católico debería cargarse en la cuenta de la Jerarquía de la Iglesia que, si bien ha presentado la doctrina en muchos documentos, al mismo tiempo ha arrumbado la mayoría de cautelas que lo salvaguardaban, y en muchos seminarios y casas de formación religiosa se tolera una mundanización, una sensualidad y una libertad inadecuada para jóvenes inmaduros para tales peligros, todo lo cual les incapacita para el celibato que les guarda y aún les dificulta la misma castidad juvenil.

Creemos firmemente, y lo pedimos muy de veras que el SÍNODO DE OBISPOS, debe tomar resoluciones concordes con la ascética evangélica para la defensa del celibato eclesiástico y terminar el impúdico espectáculo, avalado por prelados más de una vez, en que de un modo desedificante se pone en discusión la gloria de nuestro celibato.

Nosotros, simples sacerdotes, gozosos de nuestra entrega al Señor, reafirmamos la posibilidad y sobrenatural fecundidad del celibato eclesiástico, mientras comprobamos cada día que hay jóvenes y muchachas que saben entusiasmarse con los más altos ideales de la virginidad. El Espíritu Santo, también para el siglo xx, tiene gracias irresistibles y eficaces para los que le son fieles.

Decimos más: creemos que la defensa del celibato desvela en muchos corazones y en muchas mentes el verdadero amor a la Iglesia y a las almas y la recta inteligencia de las verdades de la Fe. Con sacerdotes enamorados del celibato no serían posibles teorías heréticas contrarias

a la divinidad de Jesucristo, a la Maternidad virginal de María, a la resurrección de los muertos, a la vida eterna, a la presencia real del Señor Sacramentado. Tiene mucho que ver el celibato con la custodia de la Fe.

Con toda firmeza, pues, nos vemos obligados a repetir que no es suficiente un documento doctrinal sobre el celibato ni palabras de aliento en algunas exhortaciones pastorales, si al mismo tiempo no se restaura la vida ascética en los seminarios y noviciados, el traje eclesiástico, la vida espiritual de los sacerdotes, el verdadero concepto del apostolado sacerdotal. El que quiere el fin, debe querer los medios. En la vida pública de la Iglesia, una sencilla discreción de espíritus descubre que hay muchas voluntades en la disposición del primero y segundo binario de los Ejercicios de San Ignacio, esto es, personas que dicen querer la santidad, la virtud o la auténtica disciplina eclesiástica sin poner ninguna clase de medios o sólo tomando medidas cortas y mezquinas para el objetivo que se dice querer conquistar. Únicamente el que acomete la divina aventura de confiar en el Señor y arrimar el hombro con resoluciones heroicas si es preciso, éste alcanza el fin. Si esto es baremo para enjuiciar la sinceridad de una voluntad individual, también en el orden social lo será para medir lo que realmente quieren los Pastores de la Iglesia.

A los señores obispos del SÍNODO amorosamente los emplazamos para que reflexionen lo que, en punto de tanta trascendencia, querrán, a la hora de su muerte y su juicio, haber defendido y realizado.

III. — PREDICACIÓN SAGRADA

Pablo VI en la "Ecclesiam suam" asegura que la predicación es el primer apostolado. Efectivamente, Jesucristo envió los apóstoles a predicar. Y la Iglesia en todos los siglos ha mantenido la predicación, ha enviado sus misioneros, ha utilizado todos los medios posibles para evangelizar.

Últimamente se ha hecho mucha literatura sobre evangelización. Se ha ponderado la importancia de la Palabra de Dios. Efecto saludable de la constitución conciliar sobre Liturgia ha sido la predicación de la homilía en todas las misas dominicales y fiestas de precepto.

Pero, juntamente con ello, ha venido una creciente campaña de desprestigio y desuso de los medios que el Derecho Canónico y la praxis de la Iglesia han elaborado en el decurso de los siglos para educar la Fe y la moral del pueblo cristiano. En concreto: en naciones como España, que en los años anteriores al Concilio fue fácilmente misionada en todas sus ciudades y poblaciones, en la actualidad apenas si se dan misiones populares y a quienes las defienden y recuerdan su utilidad se les aplican los adjetivos más peyorativos. Añádense a esto la divulgación de textos catequísticos más que dudosos, la casi desaparición de los devocionarios, la no difusión de libros de doctrina espiritual, mientras se propagan, a través de

gran parte de revistas católicas, libros que problematizan verdades esenciales de la Fe, o fomentan la autocritica de la Iglesia o enseñan medias verdades sobre las virtudes y la vida cristiana. Y así podemos explicarnos la actual inflación de literatura y periodismo sobre materias religiosas trascendentes, que son tratadas con suma ligereza y superficialidad casi a nivel de cualquier tema deportivo, político o de modas.

No podemos dejar de subrayar que sólo la Fe entera, la moral sin mixtificaciones y la vida de la gracia son los medios ciertos para alcanzar la vida eterna. No estamos con ningún rigorismo doctrinal ni nos dejamos llevar de ningún pesimismo temperamental. Se salva el que tiene Fe, el que muere en gracia de Dios. Y el Evangelio nos recuerda repetidamente que a los que carecen de esas condiciones les espera la desgracia eterna del infierno. Por tanto, la no predicación a las muchedumbres —y no sólo a los que suelen asistir a la misa dominical—, la literatura más hipercrítica que formativa, las ediciones de catecismos con interpretaciones dudosas, son causas del descenso visible de vida cristiana en muchas familias feligresas nuestras y el gravísimo peligro que sobre ellas se cierne para su salvación.

Se dice, como pretexto, que la vida actual de una so-

ciudad de consumo y de avances técnicos, asfixia la fe cristiana. Razón de más para no abandonar la predicación, que ahora cuenta con medios más poderosos de comunicación social que antaño. Lo que jamás podrá excusarse es el abandonismo de la predicación en virtud de prejuicios y de la mentalidad equivocada y acomplexada de muchos sedicentes "pastoralistas" que, en definitiva, propugnan un cristianismo sociológico y una interpretación de la libertad religiosa y del derecho divino de la Iglesia a la evangelización de todos los pueblos que es francamente contraria al genuino sentido del Evangelio, del Magisterio y de los grandes apóstoles de todos los tiempos.

A nosotros, sacerdotes y religiosos, cabe incrementar la predicación y la catequesis en los ambientes que están a nuestro alcance. Pero el descenso de la predicación misional, de las tandas de Ejercicios y de los Cursillos de Cristiandad, de las predicaciones extraordinarias cuaresmales, de novenarios, etc., descenso que es muy acusado en casi todas las diócesis, no lo podemos evitar porque es consecuencia de criterios superiores y de condicionamientos diocesanos que aprueban esos medios, en teoría, pero en la práctica no los utilizan ni valoran debidamente.

En última instancia, son los Pastores de la Iglesia los que tendrán que responder de las almas. Es horrible pensar que gran parte del pueblo cristiano pierde su vigor espiritual y acaso se condene eternamente porque se descuidan los primerísimos deberes de la Iglesia que son evangelizar y adoctrinar. Si las energías que se dispendian en provocar, mantener y entretener polémicas inconvenientes y falsas tensiones, se emplearan en repartir el verdadero pan del Evangelio, fomentar la frecuencia de los sacramentos y alentar la santidad de vida de los cristianos, se lograrían las mejores notas para la paz del mundo y la justicia social, cuyos bienes al margen de la vida sobrenatural son inalcanzables o de efectos meramente transitorios e insatisfactorios.

Pedimos a ese venerado SÍNODO DE OBISPOS que, posponiendo cuestiones secundarias, urja e intime a todas las diócesis del orbe católico a una intensa e incansante predicación misional que pueda llegar a todos los sectores del pueblo según el espíritu que antaño obtuvo tan admirable cosecha de conversiones. Tampoco en nuestros días un san Luis María de Montfort y un santo cura de Ars, un san Leonardo de Puerto Mauricio y un san Antonio María Claret no desertarían del deber de la predicación. Si hoy los sacerdotes de cualquier nivel no lo sentimos así no es porque tal predicación no sea muy actual y

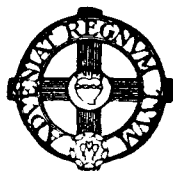
necesaria ni porque el Espíritu Santo no la fecunde, sino por una falta de celo o un desenfoque del mismo, características de la actual dispersión doctrinal y decadencia apostólica.

Rendimos sumisamente nuestra obediencia al Magisterio eclesiástico y queremos vivir nuestro sacerdocio con la mayor pureza. Nos hemos permitido presentar al SÍNODO DE OBISPOS estas graves preocupaciones que responden a los problemas hodiernos de tantísimos sacerdotes, con la santa libertad de los hijos de Dios. Pero con igual franqueza hemos de decir que no confiamos en ningún remedio puramente humano. Y ello por una convicción muy fuerte que fluye del mismo Evangelio y de las enseñanzas pontificias y de los mensajes del Cielo a través de apariciones aprobadas por la Iglesia.

Por esto acudimos con filial confianza a la Maternidad de María en súplica de la luz, el coraje y el celo que a todos nos falta. Con el Concilio pensamos que la devoción a María no consiste simplemente en invocarla, sino que exige una conversión total a lo que Ella realmente significa para todo el Pueblo de Dios y para cada cristiano. María es la criatura que desde el primer instante de su concepción estuvo llena de gracia. Así fue digna de recibir para la naturaleza humana al mismo Hijo de Dios. Nunca como hoy es tan necesario que la Jerarquía y el sacerdocio católico representen y se identifiquen plenamente con Jesucristo. No nos corresponde directamente la cultura, la economía y el arreglo de los problemas internacionales. Estas metas, nobles en sí, positivamente el Señor nos las concederá en la medida que la Iglesia respaldanza en el ejercicio de su autoridad divina, en el esplendor del celibato de sus sacerdotes y en la predicación a todas las gentes, a todas las clases sociales, a todos los ambientes con todos los medios de comunicación social al servicio de la Verdad eterna del Evangelio.

Esto que parece a ciertas mentalidades una utopía, sería fácil si todos, desde los OBISPOS DEL SÍNODO hasta el último de los sacerdotes y almas consagradas, nos entregáramos plenamente al Corazón Inmaculado de María, ya que Ella es la encargada para siempre de darnos y enseñarnos a dar a CRISTO. Renovar la consagración a Ella, podría ser el principio de la renovación de la Iglesia que quiere Dios.

Barcelona, 7 de octubre de 1969. Festividad de Nuestra Señora del Rosario.



Intenciones del APOSTOLADO DE LA ORACION

Diciembre 1969

GENERAL. — Que todos los cristianos respondan generosamente a la vocación a la santidad y al apostolado.

MISIONAL. — Que los fieles colaboren con entusiasmo al ministerio de sus obispos.

LA VIRGEN Y LA IGLESIA

Alocución de S. S. Paulo VI en Santa María la Mayor
(*L'Osservatore Romano*, 27-28-10-69)

Ciertamente que no extrañará a ninguno de nosotros nuestra "estación" durante el Sínodo Extraordinario de los Obispos, en la Basílica de Santa María la Mayor, en este histórico y venerado Santuario de la piedad mariana, tan querido de la Iglesia de Roma; y cada uno de nosotros sentirá renacer dentro de sí una espontánea necesidad de expresar en su plenitud la propia devoción a la Virgen, en un momento en el cual nuestra reflexión sobre nuestra vocación de pertenecer al Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, nos invita a recordar y a venerar a Aquella que fue la bienaventurada Madre del cuerpo físico del Hijo de Dios hecho Hijo del hombre (cf. S. Agustín, P. L. 40, 399).

Puede ocurrir tal vez que también nosotros revestidos del sacerdocio de Cristo, absorbidos en el intento de justificar el culto católico debido a María, en la controversia y en la apología con los que impugnan su legitimidad, o atenuan sus razones, nos apresuremos en aducir los títulos bíblicos, teológicos, tradicionales, afectivos con los cuales se configura la devoción a la Virgen y dejemos en cierto modo languidecer la expresión vivida y filial de nuestra piedad hacia Ella encontrando tal vez hoy menos fácil la conversación piadosa y cordial con María, que por ser Madre de Cristo según la carne es también espiritualmente Madre nuestra, Madre de la Iglesia. Más he aquí que nosotros, reunidos en el Sínodo, en torno a su celebración y a los temas que lo hacen de interés común, hemos sentido en nuestros ánimos el impulso feliz, que ahora nos guía, a concluir la asamblea sinodal junto a María, y bajo su mirada maternal.

Culto Mariano

Por eso, razonando sobre la Iglesia, sobre su esencia de comunión jerárquica, sobre el hecho y sobre el misterio de la potestad generadora conferida a algunos elegidos y ministros del Pueblo de Dios, hemos advertido también esta vez la relación que existe entre María y la Iglesia, y especialmente entre aquellos miembros de la Iglesia que en la Iglesia tienen las funciones particulares de expresar con el ministerio de la palabra el Verbo de Dios, de difundir por vía sacramental el Espíritu vivificante y santificante, de ejercitar con autoridad el servicio de guía pastoral de los fieles en el peregrinaje temporal y escatológico, o sea entre nuestros Sacerdotes y Pastores y María Santísima. A causa de estas relaciones nos encontramos hoy reunidos.

La Virgen y la Iglesia

Una relación de analogía: María es la Madre de Cristo, la Iglesia es la Madre de los cristianos, y cuanto más este aspecto de la Iglesia se hace evidente, más el misterio de la Encarnación en su momento epifánico, Belén, se refleja en su extensión histórica, en toda iglesia local y en esta iglesia romana, especialmente en esta Basílica llamada "La Belén de Roma" (Grisar), ahora tanto más fácil y tanto más justo viene a ser el acercamiento entre María y la Iglesia, la comprobación, la parentela. Todos recordamos un pensamiento basilar de la teología y de la devoción mariana, un pensamiento antiguo que el Concilio ha recordado (*Lumen Gentium*, n. 63), el de San Ambrosio que define a María como el "typus Ecclesiae" (P. L. 15, 1555) y además "figura Ecclesiae" (P. L. 16, 326), del que S. Agustín se hace eco: "Ipsa (María) figuram in se Sanctae Ecclesiae demonstravit" (P. L. 40, 661); porque la generación virginal de Jesús es místicamente reproducida en aquella maternal y sobrenatural de la Iglesia respecto a los fieles. Paralelismo éste que aún nos acerca más a María: toda la plenitud de la gracia que hace de María la "tota pulchra", la santísima, la inmaculada, ¿no tiene alguna semejanza con la riqueza de gracia que se ha derramado sobre nosotros, cuando la sagrada ordenación nos ha asimilado a Cristo en los carismas de la santidad y de la potestad ministerial? Será siempre bello si hacemos de María nuestro espejo sacerdotal.

La meditación se prolonga indefinidamente, y de la esfera mística pasa a la moral. María es el modelo de la Iglesia (cf. *Lumen Gentium*, n. 53). Ella encierra en grado eminente todas las gracias y perfecciones de la Iglesia" (*Olier*); aquellas que nosotros debemos y queremos tener. María es maestra. Y maestra para nosotros, que tenemos el oficio de ser, con la doctrina y con ejemplo, maestros del Pueblo de Dios. Y ¿qué nos enseña María? ¡Oh!, lo sabemos: todo el Evangelio.

Amor, fe, esperanza

¿A nosotros especial? ¿Hoy?

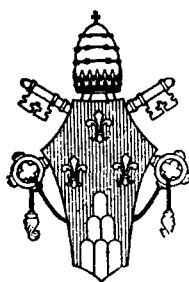
El estudio se hace oración. ¡María!, nos enseña el amor; María consigue el amor; María, que ha concebido a Cristo por obra del Espíritu Santo, el Amor-Dios viviente, preside el nacimiento de la Iglesia el día de Pentecostés, cuando el mismo Espíritu Santo invade el grupo de los discípulos, primeramente entre éstos a los Apóstoles, y vivifica en la unidad y en la caridad el cuerpo místico e

histórico de los cristianos, la humanidad redimida. Hemos venido aquí para implorar, mediante la intercesión de María, la perenne continuación del mismo milagro, a conseguir de Ella, como del manantial, un nuevo río de Espíritu Santo. Porque hemos redescubierto la comunión eclesial, que a nivel apostólico llamamos colegialidad, o sea una intercomunicación de caridad y de eficiencia apostólica, que queremos en esa fatídica edad del mundo y de la Iglesia honrar mejor y hacer más operante en el sentimiento y en la acción, mediante el amor, aquel Amor que dio a María la virtud de generar a Cristo, y que imploramos para nosotros a fin de que seamos capaces de cumplir nuestra misión generadora de Cristo en el mundo. Y ante todo para nosotros pedimos este Amor, que descendiendo a nosotros se llama gracia, saliendo de nosotros en un "fiat", se hace eco del de María, es nuestra oblación, es aquella caridad que nunca se extingue en los años de vida mortal a fin de que arda para siempre en la inmortal. María, el amor que pedimos, el amor a Cristo, el amor único, el amor sumo, el amor total, el amor don, el amor sacrificio, enséñanoslo, lo que ya conocemos y humildemente y fielmente profesamos: a ser inmaculados como Tú lo eres; a ser castos, o sea fieles a la tremenda y sublime obligación que es nuestro sagrado celibato; hoy que es discutido por muchos e incompreso por algunos. Sepamos qué cosa es: es, aún más que un estado, un acto continuo, una llama siempre ardiente; es una virtud sobrehumana, y por eso necesitado de sostén sobrenatural. Tú, ¡oh María!, siempre Virgen, haznos ahora comprender no sólo la pardoal esencia de este estado, propio del sacerdocio latino, y para el orden episcopal y para el estado religioso también de la Iglesia de Oriente, el valor, el heroísmo, la belleza, la leticia, la fuerza y el honor de un misterio sin reserva, ten-

so y entero para la dedicación y la inmolación en servicio de los hombres; la crucifixión de la carne (*Gal. 5, 24*), la absoluta milicia del reino de Dios; María, ayúdanos a comprender; a comprender de nuevo esta misteriosa llamada al indivisible seguimiento de Cristo (*cf. Mt. 19, 12*). Ayúdanos a amar así.

Y en la oración continua. Hemos notado como las páginas del Concilio a Ti dedicadas, ¡oh Virgen fiel!, reconocen en ti una primera virtud; la primera virtud que a Dios nos une, la fe. Quien penetra en lo profundo de la diagnosis de las necesidades de esta hora tempestuosa en la sociedad, y por reflejo en la Iglesia de Dios, vé que lo que más conviene a la Iglesia para estar en comunión con Cristo, y de allí con Dios y con los hombres, lo primero de todo es la fe, la fe sobrenatural, la fe sencilla, plena y fuerte, la fe sincera, emanada de sus fuentes veraces, la Palabra de Dios, y su canal indefectible, el magisterio instituido y garantizado por Cristo, la fe viva. ¡Oh Tú, "bienaventurada porque has creído" (*Lu. 1, 45*) confórtanos con tu ejemplo, consíguenos este carisma. ¿Cómo seríamos seguidores de Cristo si la duda, si la negación mortificase nuestra certeza? (*cf. Io., 6, 67*). ¿Cómo podríamos ser testigos, cómo apóstoles, si la verdad de la fe se oscureciese en nuestro espíritu?

Así, pues, ¡oh María!, pediremos a Tu ejemplo, a Tu intercesión la esperanza. ¡Salve, esperanza nuestra! También de esperanza tenemos necesidad, ¡y cuánta! Sé Tú, María, como termina el Concilio su gran lección sobre la Iglesia de Dios (*Lumen Gentium*, n. 68), imagen e inicio de la Iglesia, que deberá tener su cumplimiento en la edad futura, así sobre la tierra, resplandezca ahora ante el Pueblo de Dios como signo de segura esperanza y de consolación ¡oh Madre de la Iglesia!



LA FIESTA DE CRISTO-REY, Y EL LEMA DE LA REVISTA «CRISTIANDAD»

En la Encíclica "Quas primas" del 11 de diciembre de 1925, el Sumo Pontífice Pío XI, después de habernos dado, en magnífico documento doctrinal, la teología de la Realeza de Cristo, como también la teología de su Reino y de su Reinado social; teología bíblica, dogmática y pastoral; dedicó la segunda parte de su Encíclica a la institución de la Fiesta de Jesucristo-Rey, exponiendo ampliamente la doctrina general sobre las Fiestas de la Iglesia en la Sagrada Liturgia; la oportunidad de la nueva Fiesta, como remedio contra "la peste de nuestra edad, el llamado laicismo, con sus errores y sus impíos incentivos"; los precedentes de la Fiesta de Cristo-Rey; la ocasión propicia del Año Santo; y la modalidad litúrgica de la Fiesta, para la cual señaló entonces Pío XI "el último domingo 1º de octubre; esto es, el domingo que precede inmediatamente a la Fiesta de Todos los Santos".

Mas no se limitó el gran Papa a decretar la institución de la oportunísima y providencial Fiesta; sino que añadió una disposición disciplinar y litúrgica, que fue recibida con gratísima sorpresa por el Pueblo cristiano, y aclamaba con júbilo por los Pastores y los fieles de la Iglesia de Cristo-Rey. Dijo así: "Igualmente ordenamos que en este mismo día se renueve todos los años la consagración del género humano al Sacratísimo Corazón de Jesús".

Poco antes, en la misma Encíclica, había recordado Pío XI que ya desde los últimos años del siglo XIX, "fue reconocido el principado o soberanía y Reino de Cristo con la piadosa práctica de dedicar y consagrar las familias al Sacratísimo Corazón de Jesús; y no solamente le fueron consagradas las familias, sino también naciones y reinos; más aún, por deseo de León XIII, todo el género humano, durante el Año Santo de 1900, fue felizmente consagrado al Divino Corazón".

También recordaba Pío XI que su predecesor, de santa memoria, Pío X, había mandado que dicho acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús se repitiera anualmente. Mas ahora, a partir del año 1925, y como complemento de la Encíclica "Quas primas" y de la Fiesta misma de Cristo-Rey, se debía renovar todos los años en dicha solemnidad.

Y así se hizo, y se sigue haciendo dichosamente.

Convivía por entonces el que escribe estas líneas con el insigne P. Ramón Orlandis en la Residencia de la calle de Lauria, de Barcelona; y hablando un día, en inolvidable conversación, sobre la Encíclica recientemente publicada, tuve la dicha de que me abriese confidencialmente los secretos de su alma privilegiada, y me expusiese el profundo efecto que le había causado la doctrina de Pío XI sobre la realeza de Cristo y sobre su Reinado social, como también la institución de la Fiesta de Cristo-Rey.

No dudaba en afirmar el gran teólogo e historiador de

la teología de la Historia que la gran Encíclica del gran Papa había sido uno de los documentos más importantes y trascendentales del Magisterio de la Iglesia de Cristo; y comparándola genialmente con la Encíclica "Pascendi" de San Pío X, decía con profunda convicción que si la Encíclica del Papa Sarto había sido contra el modernismo *dogmático*, aquel modernismo que había asestado sus astutos golpes contra la Ciencia cristiana, en la Divina Escritura, en la Tradición Apostólica y en el Magisterio de la Iglesia; y aun había herido de muerte espiritual no pocas mentes; en cambio, la Encíclica del Papa Ratti había sido contra el *modernismo moral*; el modernismo de las costumbres y de la vida cristiana y humana; el modernismo que fijando sus posiciones en el alcázar de la soberbia, promovía desde allí los envenenados frutos del presuntuoso orgullo; a saber, la insumisión de la desobediencia y aun la abierta rebeldía contra la autoridad de la Iglesia y aun de la de Cristo y de Dios mismo.

En otras ocasiones le oí hablar al llorado P. Orlandis sobre el mismo tema; y aun le noté profundamente preocupado por una gran idea que había surgido de su alma, e iba madurando como efecto de la luminosa Encíclica de Pío XI.

Sin duda, pensaba y decía él, la maravillosa Encíclica había sido leída y estudiada por personas selectas de la Jerarquía, del Clero y del Laicado; pero era necesario que su conocimiento se extendiese lo más posible, e iluminase las mentes de amplios sectores cristianos. La doctrina de aquella Encíclica era el núcleo de la sabiduría cristiana para la fe y las costumbres, ya que era la médula y síntesis del Evangelio, pues el Hijo de Dios vino al mundo para anunciar y establecer el Reino de Dios en la tierra; del cual Reino era Rey el mismo Jesús, como lo atestiguó solemnemente ante el Presidente Romano el día de la Pasión.

El admirable designio del Padre Celestial al enviarnos, por la inmensa caridad con que nos amó, su Unigénito Hijo, fue el designio que nos dice San Pablo con frase profundamente comprensiva: "Nos liberó de la potestad de las tinieblas, y nos trasladó al Reino del Hijo de su amor" (Col., 1, 14).

Todo el ministerio público de Jesús se cifró en fundar su Reino en la tierra; en llamarnos a todos a su Reino; en describirnos con parábolas y discursos la naturaleza de su Reino; sus propiedades, sus fines, sus medios, su universalidad, su grandeza, su constitución jerárquica, y su perennidad y trascendencia para el bien individual y social, temporal y eterno de todos los hombres.

La doctrina, pues, sobre la realeza de Cristo, de su Reino espiritual, de su Reinado social, tal como la proponía Pío XI, era tan vital para la Iglesia y el mundo ente-

ro; y contenía, además, tan plenamente el antídoto y remedio de los grandes males de nuestra época, resumidos en el "laicismo"; o sea, en la exclusión de todo lo sagrado, de todo lo religioso, de todo lo divino, con todas las apostasías que esta exclusión lleva consigo; y todo ello para que prevaleciese en todas las esferas solamente lo profano, el frío naturalismo y el humanismo irreligioso y ateo; que era de todo punto necesario difundir tan luminosa y trascendental doctrina; explicarla y desarrollarla; ilustrarla con todos los medios, y llevarla a todas las mentes. Era una doctrina que no podía dejarse cubierta bajo el celmin, sino que se debía poner sobre el candelero, para que alumbrase a todos los hijos de la Casa del Padre, a todos los ciudadanos del Reino de Cristo, a todas las almas.

Mas, ¿cómo organizar y realizar una empresa tan ardua como importante, de tan viva actualidad y de tan urgente necesidad? ¿Tal vez por medio de un libro, que fuese comentario completo de la Encíclica, con el auxilio de las Ciencias sagradas, de la Historia y de la experiencia de los siglos? ¿O bien con varios tratados, escritos por especialistas, que ilustrasen y pusiesen al alcance de todas las inteligencias los diversos puntos y los variados aspectos de las grandes enseñanzas de Pío XI? ¿O también, y además de esto, con una serie de opúsculos, que pudiesen llegar al gran público, y llevasen a sus mentes la luz, y a sus almas el alimento del agregio documento papal?

Todo esto le parecía bien al P. Orlandis; mas no le satisfacía.

Un libro, un conjunto de tratados, una serie de opúsculos, tienen, como bien se sabe, una vida reducida, y más bien efímera; mayormente en la época actual, en la que todo pasa pronto "de moda".

¿No sería, pues, más eficaz para el mismo excelso y apostólico designio, algo que fuese permanente, prolongado periódicamente, renovado en meses y años sucesivos, por medio de una publicación que paulatina y continuamente llevase en las manos la antorcha de aquella incomparable doctrina, y con ella fuese alumbrando los entendimientos y rigiendo las voluntades? Empero, ¿de qué manera, con qué colaboración de hombres y con qué recursos, preparar y dar a la luz pública una especie de "altavoz" de la Encíclica, en forma periódica y permanente?

En el recogimiento, en la oración, en el estudio, en la consulta con personas de pensamientos afines y de toda solvencia, es como se incuban, por decirlo así, y se forman y maduran las grandes ideas y los grandes planes.

Y fiel el P. Orlandis a la máxima de su Padre San Ignacio: "trabajemos con todas nuestras fuerzas, como si Dios no nos hubiese de ayudar; y pongamos toda nuestra confianza en Dios, como si nuestros medios y trabajos no hubiesen de servir"; se dio al trabajo incesante y a la confianza ilimitada.

Su trabajo fue lento, durante dieciocho años; pero profundo. Y su confianza no se vio defraudada, antes bien coronada con felices resultados, porque la puso totalmente en el Corazón Santísimo de Jesús, causa de nuestra salud y fuente de todas las gracias divinas.

La admirable y suave Providencia del Señor le rodeó de unos hombres muy selectos, aptísimos para ser sus colaboradores en su genial intento; hombres de arraigada e iluminada fe cristiana, de vida intachable, de sólida formación; hombres insignes en varias disciplinas humanas y cristianas; y, además, muy estudiosos y ávidos de llegar al conocimiento de toda la verdad de Cristo, y de vivir conforme a ella; de aquella verdad plena a cuyo conocimiento y posesión lleva la acción vivificante del Espíritu Santo, como lo prometió el mismo Jesucristo.

Con aquellos selectos y providenciales hombres instituyó el P. Orlandis la "Schola Cordis Iesu", y la dirigió largos años, a manera de un cenáculo, modesto y humilde en apariencia, pero de resultados altamente positivos.

La misma Providencia divina proveyó a "Schola Cordis Iesu" de recursos económicos, dados en su mayor parte por almas generosas, aun de la misma "Schola", para formar una muy rica y selectísima biblioteca, manoplia abundante de las mejores armas, las más valiosas y mejor templadas, para salir a la lucha espiritual, científica y literaria, en defensa de la doctrina de la realeza de Cristo y de su Reinado social; el Reinado del amor del Corazón Sacratísimo del divino Redentor.

En aquel cenáculo fraguó, cristalizó, se formó y se hizo "idea-fuerza", el designio concebido por el P. Orlandis para llevar a todas las mentes la doctrina de la Encíclica de Pío XI: una publicación estable; una *Revista*.

Se había realizado una vez más en el alma del P. Orlandis, y en las almas de sus adictísimos discípulos de "Schola Cordis Iesu", la preciosa parábola evangélica: "El Reino de Dios viene a ser a la manera de un hombre que siembra su heredad; y ya duerma o vele, noche y día, la semilla va brotando y creciendo, sin que casi el hombre lo advierta; porque la tierra, de suyo produce primero el trigo en hierba; luego, la espiga; y por último, el grano lleno en la espiga. Y después que el fruto está maduro, se le echa en seguida la hoz, porque llegó ya el tiempo de la siega" (Mc., 14, 26-29).

Así exactamente entonces. La palabra de Dios, palabra de la Iglesia de Cristo, palabra de Pedro, pues Pedro había hablado por boca de Pío XI, fue depositada en el corazón de aquel gran director y de aquellos grandes dirigidos, como en parcela feraz de la heredad del Señor; y aquella palabra, portadora de las más graves e importantes enseñanzas cristianas, germinó en ellos, mediante la influencia de la luz del Sol divino, Cristo, del amor vital como calor vivífico de su Sagrado Corazón, y del agua de la gracia del Espíritu Santo. Y así fue que la divina semilla produjo en aquellos corazones, primero la hierba de un gran pensamiento y de un ardiente deseo; luego, la espiga de una firme resolución; y finalmente, el grano lleno en la espiga; esto es, el fruto de una realización, que ya lleva 25 años de vida.

Esta realización es la Revista "Cristiandad", que apareció poco más de dieciocho años después de la Encíclica "Quas primas", sobre la Realeza y el Reinado social de Cristo; y que hundiéndose en ella sus raíces, y viviendo para

difundir sus enseñanzas, tomó de ella su propio lema y consigna; un lema y consigna que expresa su alta meta, su excelsa y actualísima finalidad; como también tomó de la Encíclica el complemento imprescindible y necesario de ese lema y consigna: el camino que lleva a la meta, el medio para conseguir su finalidad.

El lema es: "Al Reino de Cristo".

Nótese bien que no se dice: "Él Reino de Cristo"; sino: "Al Reino de Cristo"; lo cual, gramaticalmente, es lo que se llama acusativo de movimiento; e ideológicamente designa que la Revista, toda ella, tiende, aspira, se dirige, se orienta, va en marcha animosa y continuada hacia el Reino de Cristo. Es decir, una Revista que, a la luz de la revelación divina, y siguiendo el Magisterio de la Iglesia, señaladamente el de la Encíclica de Pío XI, y con el auxilio de la Teología dogmática, moral y espiritual; de la Sagrada Liturgia; de la Literatura y del arte; y singularmente de la Teología de la Historia; intenta y procura llevar a sus lectores a un conocimiento cada vez más claro, amplio y profundo del Reino de Cristo; a un conocimiento de lo que es y de lo que significa el Reino de Cristo para los hombres y para la Sociedad humana, para el tiempo y para la eternidad, tal como nos lo presentó el mismo Cristo en su Evangelio, y lo han ilustrado los Santos Padres y el Magisterio de la Iglesia.

Ni tan sólo a un conocimiento especulativo y teórico, sino más todavía a un conocimiento práctico y vital; a un conocimiento que, con luz celestial, después de llenar las mentes con divinas claridades, descienda, por decirlo así, a las regiones caldeadas del afecto, y sea en las voluntades, fuerza de amor; y en los corazones fuego de amor; amor al Divino Rey, Cristo; y amor a su Reino eterno y universal, espiritual y social; Reino que en su Iglesia, nacida, como Esposa suya, de su Corazón Sagrado, abierto por la lanza del soldado en la Cruz redentora.

Y que este mismo amor sea también un amor práctico y operante, que lleve y anime a los lectores al más vivo deseo y a la más consciente y eficaz determinación de pertenecer de veras, y no tan sólo de nombre, al Reino de Cristo, en decidida imitación y en voluntaria y amorosa obediencia del Divino Rey. Más aún; a trabajar por la consolidación y afianzamiento del Reino de Cristo, y a extenderlo y dilatarlo para que tenga influencia social en todos los ambientes y en todas las esferas de la vida humana.

Lema tan magnífico y excelso lo tomaron el inspirador y los fundadores de "Cristiandad" de las enseñanzas de Pío XI, y de la institución que él hizo de la Fiesta de Cristo Rey.

Como también tomaron de la misma Encíclica lo que había de ser el complemento necesario y eficazísimo del lema: "El Reino de Cristo, por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, con la mediación del Corazón Inmaculado de su Madre Santísima".

En efecto, el Papa Pío XI, al disponer que todos los años, en la Fiesta de Cristo-Rey, por él instituida, se renovase el acto de consagración del género humano al

Sagrado Corazón de Jesús, nos dio una gran lección, y puso en nuestras manos el más eficaz medio para dar cumplimiento a todo lo que en su Encíclica nos había enseñado como consecuencias prácticas de la Realeza de Cristo y de su Reinado social.

Se dio perfecta cuenta de las obligaciones y exigencias que supone el pertenecer de veras al Reino de Cristo; y que el mismo Papa, a lo largo de su Encíclica, nos había puesto en plena Luz, sin disimulaciones, ni atenuaciones, ni eufemismos. El Reino de Cristo tiene por enseña y por bandera la Santa Cruz; y los que pertenecen consciente y voluntariamente al Reino de Cristo, le han de seguir a Él por el camino de la Cruz, abrazándose cada uno con la suya; siempre, en todos, participación santificadora de la Cruz de Cristo, el Divino Rey, Crucificado por nuestro amor, para salvarnos y redimirnos.

Además, los ciudadanos del Reino de Cristo, que viven en la Ciudad de Dios, aquella Ciudad que, según la frase genial de San Agustín, fue hecha y edificada por el amor de Dios hasta el desprecio propio; han de mantener lucha porfiada y continua contra aquella otra Ciudad, que hizo y edificó el amor propio hasta el desprecio de Dios; es decir han de combatir denodadamente contra los poderes de las tinieblas, los espíritus malignos; y vivir siempre alerta para no dejarse influir por los engaños del espíritu del mundo, que es el de Lucifer.

Ahora bien; una vida de tan seria abnegación y de tan costosas renunciaciones y sacrificios, cual es la que el Divino Rey nos propone en su Evangelio a cuantos queramos pertenecer a su Reino; y más si nos hemos de señalar en todo servicio de nuestro Rey eterno y Señor universal, trabajando por defender y propagar su Reino; bien se ve que no puede ser sino obra de un grande amor; de un amor, concretamente, al Divino Rey; amor verdadero, firme, entrañable y operante.

Y ¿cómo alcanzar este gran amor, que como poderosa y eficaz fuerza divina, nos lleve a vivir según todas las exigencias y obligaciones del Reino de Cristo? El mismo Papa Pío XI nos lo dijo paladinamente: por la devoción al Corazón amantísimo de Nuestro Redentor, devoción que culmina en la consagración, aun social y universal, al Sagrado Corazón de Jesús.

Y en esto mismo, en el hecho de esta acertadísima disposición Pontificia, vieron el insigne inspirador y los animosos fundadores de "Crisitandad", lo que había de ser el indispensable complemento del lema que para su Revista habían adoptado, inspirados por Pío XI. Sí; al Reino de Cristo; pero por la devoción a su Sagrado Corazón. Las enseñanzas y la disposición del gran Papa había dado el más rico fruto en aquellos hombres, al fin y al cabo como formados en la "Schola Cordis Iesu"; o sea, en la Escuela del gran amor: el de Cristo a nosotros, y el nuestro a Él.

Es que, realmente, en el Corazón de Cristo, que en las manifestaciones de Él mismo a su Iglesia en los últimos siglos, quiso ponérselo patente sobre su Sagrado Pecho, podemos contemplar, aun con nuestros propios ojos, sim-

bolizado y expresado, el amor de nuestro Divino Salvador y Rey; todo su amor, el divino y el humano; y en cuanto a éste, el sobrenatural, el racional y el sensible. Así lo hemos aprendido del Papa Pío XII en su incomparable Encíclica "Haurietis aquas".

Todavía más: en el Corazón de Cristo contemplamos, como en símbolo connatural y universal, según el modo de hablar de todas las lenguas y literaturas, y con expresión bíblica, innumerables veces repetida en los Sagrados Libros del Antiguo y Nuevo Testamento, no sólo al amor de Cristo, sino también su vida interior, movida toda ella por la fuerza de su amor, de su inmeso amor al Padre y a todos y cada uno de nosotros. Sí, toda su vida interior, de la que procedió toda su obra salvífica del género humano: los pensamientos, criterios y máximas de Cristo; sus designios y planes; sus afectos y deseos; sus variados y nobilísimos sentimientos; sus alegrías y sus penas; sus santísimas virtudes, y con ellas su entrega a la total voluntad del Padre; todo ello movido por la fuerza poderosísima de su amor.

Ni tan sólo esto; sino que, además, al contemplar el Corazón de Cristo, con las insignias de su Sagrada Pasión, que es como ha querido mostrarse a su Iglesia, y como Ella le adora y le ama; vemos claramente de qué manera heroica nos probó Cristo su amor; a saber, con su perfectísima entrega de humilde y rendida obediencia al Padre, para una vida que fue toda de Cruz, y para una pasión y muerte que fue en el tormento de la Cruz.

Y ¿quién no ve que tal amor, probado de tan maravillosa manera, pide retorno y correspondencia por nuestra parte? ¿Quién no ve también que el amor con que Cristo

nos amó y nos sigue amando, es, a la vez, el incentivo, motivo y estímulo de nuestro amor a Él, y el modelo perfecto del amor con que le hemos de corresponder; es decir, amarle porque Él nos ama, y amarle como Él nos ama?

Así es cómo la verdadera devoción al Sagrado Corazón de Cristo, bien entendida y practicada, según nos la han enseñado y recomendado todos los últimos Papas, nos lleva segura y eficazmente al amor de Cristo; da por fruto, y el mejor de todos sus frutos, aquel amor de caridad, que es el compendio de toda la ley, y la fuerza incontrastable e invencible de la vida cristiana; fuerza con la cual ya podemos cumplir todas las obligaciones y llenar todas las exigencias del Reino de Cristo, conforme a lo que en su Encíclica nos expuso Pío XII.

Y aun todo esto, con fácil suavidad; pues, como dijo San Juan: "Sus preceptos no son pesados" (1 In., 5, 3); y el mismo Cristo: "Mi yugo es suave, y mi carga, ligera" (Mt., 11, 20); y según Él mismo atestiguó: "Los que me aman, guardan mis palabras" (In., 14, 23). Por lo cual pudo decir San Agustín: y lo dijo respecto de las obligaciones del Reino de Cristo: "Lo que es duro en los preceptos, el amor de caridad lo hace suave" (Serm. 47 de div.).

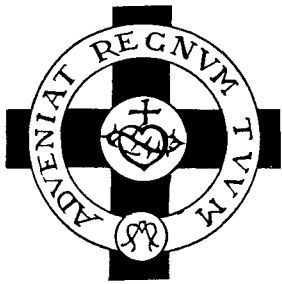
Tal es el amor de caridad, que, obtenido por la devoción al Corazón de Cristo, nos lleva a su Reino: "Al Reino de Cristo, por la devoción a su Sagrado Corazón". Todo según la Encíclica de Pío XI.

Creemos sinceramente que ésta, y no otra, es la verdadera y completa génesis de "Cristiandad"; y juntamente la explicación genuina de su lema: el de su meta y finalidad; y el del camino para llegar a la meta, y del medio para alcanzar su finalidad.

ROBERTO CAYUELA, S. J.

... al recordar a todos los santos, tenemos un nuevo motivo de confianza. Ellos nos envían este consolador mensaje: es posible ser santa. Y lo confirman con sus ejemplos, con su fraternal intercesión. Nos enseñan cuáles son los valores indispensables: la piedad, la bondad. Los santos nos hacen soñar. Pero no son sueños, es una visión la que nos ponen delante: la visión del cielo. Del cielo sobre la tierra, del cielo donde, con Cristo triunfa la Reina del cielo.

(Paulo VI en el ANGELUS del 1-11-69.)



APORTACIÓN DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN AL CINCUENTENARIO DE LA CONSAGRACIÓN DE ESPAÑA AL CORAZÓN DE JESÚS

El cincuentenario de la consagración de España al Corazón de Jesús ha movido al Episcopado español a dedicar el año, que discurre desde la fecha de la renovación hasta junio del año próximo, a una más exacta comprensión de la verdadera doctrina sobre el corazón de Jesús y a un mayor florecimiento de la auténtica devoción al mismo.

“El año nacional del Corazón de Jesús” ha de ser un año de estudio y difusión de la teología, y de las exigencias eclesiales y sociales de la verdadera devoción al Corazón de Cristo” (1).

El Dr. Casimiro Morcillo en dos exhortaciones pastorales, comentando dos frases, una de Pío XI y otra de Pío XII, nos propone esta devoción como “compendio de la moral y de la religión”, y como “forma excelente y genuina de la verdadera piedad cristocéntrica”, tal como lo exige el Concilio Vaticano II” (2).

“El *Cristocentrismo*, tan claramente acentuado por el Concilio, tiene en la devoción al Corazón de Cristo el máximo relieve. Este Corazón es, de una parte, el “santuario de la generosidad divina” que “derrama sobre nosotros torrentes de gracia y de perdón; y, de otra, es el ideal acabado de la santidad humana, de la personalidad psicológica y moral íntegramente lograda”.

“Este *Cristocentrismo* nos sitúa en el más genuino humanismo, librándonos de los dos escollos o tentaciones en que puede incurrir el creyente; nos libra de un *cristianismo desencarnado*, que se traduce en desprecio y descuido de las realidades humanas, y también del otro extremo que hoy seduce a muchos, es decir, de un *humanismo sin sentido de trascendencia*, sin dimensión vertical, de una religión antropocéntrica, totalmente referida al hombre.

“El Corazón de Dios-hombre, será para nosotros un faro orientador, al mismo tiempo que un reclamo poderoso para que comprendamos y practiquemos el doble precepto del amor en todo su misterioso alcance, logrando así, a la par, nuestra perfección humana y nuestra plenitud de hijos de Dios.

“Desde el punto de vista pastoral, es incalculable el bien que los sacerdotes y religiosos pueden hacer si, en este año nacional del Corazón de Jesús, celebran en todas las comunidades cristianas reuniones y convivencias de es-

tudio sobre la doctrina teológica de la verdadera devoción al Corazón de Cristo.”

Esto decía el Episcopado, y el Dr. Morcillo, el mes anterior a la solemne consagración. Pocos días antes, se publicó la carta colectiva del Episcopado Español, poniendo de relieve esta misma orientación. Y en el solemne acto, se leyó la carta de S. S. Paulo VI y el Cardenal Primado pronunció la homilía: en ambos documentos se destaca el carácter fraternal, comunitario y social de la consagración al Corazón de Jesús.

En todo el acto de consagración, el Jefe del Estado reconoce que el Corazón de Jesús es el principio propulsor de toda vida y de todo legítimo progreso social, afianzándose en él y en el poderío y suavidad de su gracia todas las virtudes y heroísmos que elevan y hermocean el alma. “Venga, pues, afirmaba, a nosotros vuestro santísimo Reino, que es Reino de justicia y de amor”. Y poco después pedía: “Desde estas alturas, que os ha elegido España como símbolo del deseo que le anima de que presidáis todas nuestras empresas, bendecid el mundo del trabajo para que reine en él la armonía, el bienestar y la paz, con la implantación de la justicia social y el triunfo de la caridad entre todos”.

En este nivel de cristocentrismo encarnado y trascendente, y de exigencias fraternales, caritativas y sociales, encaja perfectamente el Apostolado de la Oración, con su proyección apostólica y social que le dieron sus fundadores: el reinado social del Corazón de Jesús.

Por esta orientación, mereció que Pío XII calificara el Apostolado de la Oración, al aprobar los anteriores Estatutos de “forma perfecta de la devoción al Corazón de Jesús”. Y esta proyección apostólica y social fundada en el sano cristocentrismo, se destaca, si cabe más aún, en los nuevos Estatutos que nos complacemos en presentar.

Simplicidad y universalidad del Apostolado de la Oración en su origen

Siempre el Apostolado de la Oración se ha distinguido por proponer una espiritualidad que va a la esencia de la vida cristiana. Brotó del pensamiento de que nuestra unión con Jesucristo puede dar a nuestra oración una fuerza singular que debe aprovecharse para la solución de los grandes intereses del Reino de Dios.

1. Comunicación de la Comisión Episcopal, Madrid, 11 febrero 1969.

2. Exhortación 10 y 20 de junio de 1969.

Esta orientación apostólica de la vida debía conseguirse por medio del *ofrecimiento diario* la principal práctica del Apostolado de la Oración. El ofrecimiento de la vida en su quehacer diario debía estar unido al de Cristo que intercede por nosotros en el Tabernáculo y se ofrece en el Sacrificio de la Misa. Y esta unión con Cristo debía perfeccionarse por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y por la devoción a la Virgen y ser orientada apostólicamente al servicio de la Iglesia y del Papa.

Importancia y contenido del ofrecimiento diario

El ofrecimiento diario fue concebido como un acto que había de dar valor apostólico a la vida. La vinculación posterior a determinados ejercicios tenía por fin perfeccionar el ofrecimiento.

El P. Ramière se propuso difundir un determinado espíritu que penetrara la vida de los individuos y de todas las asociaciones y organizaciones. Este espíritu era: la mentalidad apostólica que fundada en nuestra unión con Jesucristo inducía al creyente a hacer de su vida unida a Cristo una oración y un sacrificio apostólicos continuos.

En las regiones en donde se mantuvo este espíritu, el Apostolado de la Oración dio fecundidad a una serie de asociaciones que mantuvieron el espíritu cristiano en tiempos de gran penuria pastoral. Tales fueron las Ligas del Sagrado Corazón para los hombres, la Cruzada Eucarística para los niños y las Secciones de Enfermos.

Programa básico de vida cristiana en los Estatutos de 1951 y finalidad de su organización

Los Estatutos de 1951 subrayaban un programa social de vida cristiana enriquecido con la doctrina de las Encíclicas sobre el Cuerpo Místico de Jesucristo y sobre la Liturgia, teniendo en cuenta la orientación de los movimientos de Acción Católica.

El apostolado de la Oración debe concebirse en primera línea como medio de santificación personal, en el espíritu apostólico; como una forma de piedad que construye toda la vida en la verdad de nuestra unión vital, amorosa y sacrificial con Jesucristo.

La organización tiene un lugar secundario y su fin es difundir este espíritu y programa de vida cristiana.

La organización, sin embargo, se necesita para extender lo más rápidamente posible este espíritu y programa de vida, facilitando los medios adecuados, a su difusión y profundización.

Los Nuevos Estatutos conservan la forma primigenia del Apostolado de la Oración

La Santa Sede, al aprobar los Nuevos Estatutos, después de alabar el esfuerzo realizado para adaptarlos a las

circunstancias actuales, *señala dos de las características de su espiritualidad:*

Establecer como fundamento y centro de la vida cristiana el Sacrificio Eucarístico, proponiendo la más estrecha unión con este Sacrificio por medio del ofrecimiento diario, y la devoción al Corazón de Jesús como medio de fomentar la vida eucarística y litúrgica.

La consideración de estas dos características de la espiritualidad del Apostolado de la Oración, da ocasión al Papa para notar que el Apostolado de la Oración *conserva su forma primigenia* aunque adaptada a las necesidades de nuestros tiempos.

Elementos permanentes de su espiritualidad

No es extrañar que, substancialmente, no haya cambiado el Apostolado de la Oración, porque desde siempre propuso la espiritualidad fundamental, común y asequible a todos: *infundir espíritu apostólico y de oración en los fieles.*

Esta espiritualidad contenía los siguientes elementos:

Afán por extender el *Reino de Dios* como ideal a conseguir.

La vida convertida en oración como medio indispensable y el más eficaz para convertir la vida en *oración.*

Unión con Jesucristo fomentada por la devoción al *Corazón de Jesús* y orientada a la Eucaristía.

La devoción a la Virgen Santísima y el amor al Vicario de Cristo se han considerado, también desde su origen, como complementos indispensables.

La teología del Cuerpo místico en la entraña del Apostolado de la Oración

El P. Ramière, para probar la *oportunidad del Apostolado de la Oración*, después de poner de relieve la ley de recíproca dependencia y solidaridad que existe en la naturaleza, expone el poder de la asociación y particularmente el de la asociación sobrenatural, la Iglesia, Cuerpo místico de Jesucristo (4).

Del dogma de nuestra incorporación a Cristo, se deriva la *doctrina del Cuerpo místico*, la cual abarca nuestra unión con la Cabeza y la mutua unión de los miembros entre sí, con la participación en la vida de todo el Cuerpo, "de manera que si un miembro sufre en algo, con él sufren todos los demás, y si un miembro es honrado, gozan conjuntamente los demás miembros". De lo cual se sigue que estando Cristo en los demás miembros, mis hermanos, "urge que practique la caridad" y que "nos prestemos mutuamente los servicios para la salvación de modo que viviendo la verdad en la caridad, crezcamos por todos los medios en Él que es nuestra cabeza" (5).

3. Prefacio de la Misa del Sagrado Corazón.

4. "Podemos cambiar el mundo", pp. 58 y 119.

5. L. G. 7.

El dogma de la Comunión de los Santos y el Apostolado de la Oración

Las mutuas relaciones entre los miembros de este Cuerpo se designan con el nombre de *Comunión de los Santos*, y son una consecuencia del dogma fundamental de la unión vital e íntima de todos los cristianos con Jesucristo.

Bajo este nombre entendemos una comunión de bienes e intereses que existen entre todos los que componen el Cuerpo místico de Cristo.

Los fieles forman una sociedad en la que son comunes las pérdidas y ganancias, de tal suerte que si uno crece en santidad, aumenta la vida de los demás, si, por el contrario, decae su fervor, causa detrimento en los otros" (6).

Paulo VI reafirmó este dogma en el *Credo* con las siguientes palabras: "Creemos igualmente que en esta comunión está a nuestra disposición el amor misericordioso de Dios y de sus santos, que siempre ofrecen oídos atentos a nuestra oración, como aseguró Jesús: pedid y recibiréis" (7).

Las preocupaciones sociales y comunitarias de hoy sublimadas en el dogma de la Comunión de los Santos

Se habla hoy mucho de colectivismo, de comunitarismo, de justicia social, de fraternidad, de filantropía, de igualdad social; el comunismo internacional y ateo y el socialismo están inspirados en estos ideales, pero basados en el materialismo, les falta amplitud y consistencia, y al fin conducen al odio de clases.

El *ideal comunitario* se realiza en el contenido de la doctrina del Cuerpo místico y del dogma de la *Comunión de los Santos* y se apoya en el amor hasta el sacrificio y en la caridad fraterna que la incorporación a Cristo infunde en nuestras almas.

La *ascética cristiana*, en conformidad con estas realidades sobrenaturales ha de ser *Cristocéntrica* y a la vez *comunitaria*. El secreto de la auténtica ascética está en armonizar estas dos tendencias.

Existe el peligro de que, con el afán de acentuar la orientación comunitaria, hoy tan en boga, se despersonifique la caridad; que la vaciemos del contenido cristiano, es decir, de la presencia y la unión con el amor de Cristo, y, con ello, del fundamento capaz de superar las dificultades que inevitablemente se presentan en la práctica del amor fraterno.

Esto no es minusvalorar el amor fraterno, sino dignificarlo y elevarlo a nivel divino.

El celo apostólico fruto de nuestra incorporación a Cristo

Todo ello nos conduce al ejercicio del amor sobrenatural en favor de nuestros hermanos, es decir, *la práctica*

6. P. Ramière, l. c. 197.
7. CREDO, 30.

del apostolado urgido tan reiteradamente por el Concilio Vaticano II.

Todo cristiano ha de ser *apóstol*, dice el Concilio, por razón del bautismo y de los sacramentos de la Confirmación y la Eucaristía.

Al servicio de este cometido tan indispensable hemos de poner cuantos recursos tengamos a nuestro alcance; y como se trata de una finalidad sobrenatural, los medios y esfuerzos naturales por sí solos resultarán ineficaces, *precisan* de la gracia de Dios y ésta se obtiene por la *oración y el sacrificio*.

El medio eficacísimo para vivir nuestra incorporación a Cristo y el dogma de la Oración de los Santos

La oración apostólica que el Concilio recomienda en distintos pasajes (8) es *la forma práctica de vivir* la doctrina del Cuerpo místico y el dogma de la *Comunión de los Santos*.

Así el P. Ramière (9) de nuestra unión vital con Cristo, deduce *la eficacia infalible de nuestra oraciones* "¿cómo no han de ser omnipotentes si son oraciones divinas? Los suspiros del corazón cristiano y las peticiones, son suspiros divinos y peticiones divinas, porque es divino el principio de que emanan. Cristo vive en todos los cristianos como la Cabeza vive, de algún modo, en los miembros" (10).

Y es el mismo Jesús quien nos dice: "Si permanecéis en Mí y mis palabras en vosotros, cuanto quisierais pedir os será dado".

Importancia del Apostolado de la Oración para vivir el ideal comunitario cristiano

Una asociación que por medio de la oración apostólica, unida a Cristo promueve el celo por el bien común, es la forma de exteriorizar en la práctica el dogma de la *Comunión de los Santos* y es eficaz por su íntima incorporación a Cristo.

Esta asociación es la expresión de la ayuda mutua que se proporcionan entre sí el débil y el fuerte del tesoro común que es la oración.

Y la oración es *la mayor necesidad de la Iglesia*, de ahí *el lugar preeminente que en la Iglesia ocupa el Apostolado de la Oración*; de ahí que los últimos Papas, incluido Paulo VI, lo hayan presentado como *programa perfecto de vida cristiana* puesto que en sus miembros actúa el espíritu de Cristo acomodado a los cristianos que viven en el mundo para que puedan ser *contemplativos en acción*.

CASIMIRO PUIG, S. I.

8. Al tratar del carácter misionero de la Iglesia. l. g. 17; de las relaciones de los laicos con la Jerarquía, L. G., 37; en el Decreto del Apostolado Seglar, A. A., 16.

9. El P. Ramière fue prácticamente el fundador del Apostolado de la Oración que había concebido el P. Gautrelet, y desde luego, el que le dio forma y doctrina en la práctica.

10. Ramière, l. c., 143.

ANTE LA SANTA MISIÓN GENERAL DE BARCELONA EN 1971

I

Con el tráfigo y complejidad de tantos problemas, cuestiones y actividades tenemos el peligro de que se nos escapen el estudio, consideración y trascendencia de los más esenciales medios de santificación y apostolado. Al fin y al cabo, la existencia humana sólo se justifica por el plan de santidad que Dios tiene sobre los hombres. La humanidad existe para que las almas se salven. Los otros progresos tienen una importancia muy secundaria que jamás se pueden desorbitar. Por eso sería una macabra paradoja que cuando tanto se habla de apostolado, de evangelización, de testimonio, de parroquias misioneras, precisamente se olvidara, se relegara y se vituperara uno de los medios más ciertos de catequización del dogma, de la moral y de la práctica de los sacramentos, como las Misiones populares.

Francamente creemos que se presta a muchas reflexiones a la conciencia sacerdotal y católica la famosa "Carta a un obispo sobre la importancia de las Misiones", de San Alfonso María de Liguorio. La vehemencia del santo vence todos los calculismos y elucubraciones intelectualoides de los falsos pretextos contra las Misiones. Dice el santo: "He aquí que cuando se trata de dar una Misión en algún pueblo o lugar, se echa de ver bien ostensiblemente los esfuerzos que hace, por medio de los suyos, el infierno, por estorbarla o impedirle; porque nunca falta alguno de esos hombres depravados que, temiendo ser descubiertos y desbaratados con la Misión sus planes y malas artes, no dejan piedra por mover, a fin de hacerla fracasar. ¡Plugiese a Dios no hubiese párrocos que, fundándose en fútiles razones y livianos pretextos, hagan oposi-

ción y sean obstáculo a que vayan misioneros a su parroquia, por temor a que se pongan de manifiesto sus negligencias y poco celo! En un caso así, el obispo debe intervenir y tomar cartas en el asunto; y, sin esperar a que el párroco o la parroquia se los demanden, debe mandar misioneros a donde entienda son necesarios, y principalmente a aquellos lugares de cuyo párroco se sabe que no tiene celo o mira con malos ojos a los misioneros".

Nuestro P. Mach —barcelonés, bautizado en Santa María del Pino—, en su famoso libro "Tesoro del sacerdote", afirma: "El que haya asistido a una Misión bien dada, y ejercite en ella el sagrado ministerio de la confesión con entrañas de verdadero padre, el que juzgue de las cosas por los hechos y no por la crítica mordaz de algún envidioso explorador de esa tierra prometida, no podrá menos de confesar que una misión bien dada es la regeneración de un pueblo y tal vez de una comarca entera. Es pasar del árido desierto de la culpa a la verdadera tierra de promisión que mana leche y miel para las almas que no oponen resistencia a la gracia divina". San Juan Eudes no hablaba con menos entusiasmo de las Misiones, con palabras que también ahora se podrían aplicar: "¡Oh qué bien tan grande son las Misiones! ¡Oh y qué necesarias són! ¡Es un mal y un mal gravísimo, estorbarlas o ponerles obstáculos! ¡Oh si supiesen todo lo que han hecho todos esos que alguna vez nos las han impedido!... ¿Qué hace en París esa turbamulta de doctores y bachilleres, mientras miles de almas se pierden y condenan por no haber quien les tienda una mano amiga para sacarlas de la perdición y librarlas del fuego eterno?".

II

Barcelona tiene una larga tradición de Misiones generales. Recordemos las de los últimos decenios, con frutos verdaderamente grandes. En 1961, el Dr. Jubany, actual Obispo de Gerona, refiriéndose a la Misión que se estaba celebrando, repitió diversas veces: "La historia, la verdadera historia de la Misión es la que nunca se podrá escribir. Es el secreto que se reserva el Espíritu Santo". El Dr. Ramón Cunill glosaba así la última Misión: "Aunque no se puede escribir la verdadera historia de la acción secreta de Dios en estos días auténticamente fastos de Bar-

celona, se sabe, por datos dispersos pero seguros, que los objetivos de la Misión se han alcanzado. No tenemos referencia comparativa, pero sería bueno saber si en otro sitio u ocasión se ha producido esta asistencia masiva —superior en número a la normal asistencia diaria a las aulas— de universitarios a numerosos actos religiosos organizados a horas intempestivas y al margen del horario de clases. Que en la predicación en factorías y centros de trabajo —ciento cuarenta centros oficialmente controlados y otros setenta también seguros— ha afectado a más de ciento

diez mil productores, no admite duda; tampoco la admite que el suburbio, donde la parroquia con templo o sin él está viva, se ha volcado materialmente a la Misión. Si añadimos a esto la predicación en los cuarteles, centros de segunda enseñanza, escuelas oficiales y privadas y un número superior a una veintena —incluyendo un grupo de futbolistas de gran categoría y de distintos clubs— de especialistas: taxistas, intelectuales, artistas, etc., veremos que de una manera *directa* la voz de Dios ha sido universalmente difundida sobre Barcelona. Pero *indirectamente* ha tenido la Misión un ámbito de alcance insospechado: la prensa, radio y la TV, amplia y generosamente cedidas

por el Estado y las empresas, no han dejado huérfano de Misión ningún hogar de Barcelona y su comarca”

Como testigo de excepción puedo certificar que antes de la última Misión, ciertos llamados especialistas y encuestadores presagiaban la intolerabilidad y fracaso previo a la Misión, particularmente en los ambientes donde alcanzó las mayores asistencias y entusiasmos visibles. En contraste con los vaticinios de aquellos que se presentaban como monopolizadores del conocimiento de tales especializaciones, el sentido pastoral del Arzobispo Modrego y de los que juzgaban “a la apostólica”, acertaron plenamente sobre el bien misional realizable.

III

Después del Concilio Vaticano II la obligación de predicar el mensaje de la Revelación, no solamente a los católicos y practicantes, sino también a los no-cristianos y mucho más a los llamados cristianos marginales, nos parece mucho más apremiante. Viene bien recordar algunos textos conciliares:

“En todas partes donde Dios abre un campo libre a la predicación para proclamar el misterio de Cristo, se debe anunciar a todos los hombres con confianza y perseverancia al Dios vivo y a Aquel que le envió para la salvación de todos, Jesucristo, para que los no-cristianos, abriéndoles el Espíritu Santo su corazón, crean y se conviertan libremente al Señor, adhiriéndose lealmente a Él, que, siendo *el camino, la verdad y la vida*, colma sus esperanzas espirituales, y más todavía las rebasa de manera infinita” (“Ad Gentes”, núm. 13).

“Los apóstoles auténticos no se contentan con esta sola acción —apostolado por el ejemplo y la caridad—; sino que se preocupan asimismo de anunciar a Cristo por la palabra a aquellos que les rodean. En efecto, muchos hombres no pueden recibir el Evangelio y reconocer a Cristo sino por medio de los seglares con los que se rozan.” (“Apostolicam actuositatem”, núm. 13.)

“Que los obispos se apliquen a su cargo apostólico como testigos de Cristo ante todos los hombres. Que no se preocupen únicamente de los que siguen ya al Príncipe de los Apóstoles, sino que se consagren tam-

bién con todo el corazón a los que se desviaron de alguna manera del camino de la verdad o que ignoran el Evangelio y la misericordia salvadora de Cristo” (“Christus Dominus”, núm. 11.)

“Puesto que nadie puede salvarse sin previamente haber creído (Marc. 16, 16), los sacerdotes, como cooperadores de los obispos, tienen como primera función el anunciar el Evangelio de Dios a todos los hombres (cf. 2 Cor. 11, 7); ellos cumplen así con el mandato del Señor: *Id por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda la creación* (Marc., 16, 15), y así hacen que nazca y que crezca el pueblo de Dios. Es la palabra de salvación la que suscita la fe en el corazón de los no-cristianos.” (“Presbyterorum ordinis”, núm. 4.)

“No basta, sin embargo, que el pueblo cristiano esté presente y se halle establecido en un país; no basta tampoco que ejerza el apostolado del ejemplo; está establecido, está presente con el fin de anunciar a Cristo a sus conciudadanos no-cristianos por la palabra y por la acción y ayudarles a recibir plenamente a Cristo.” (“Ad Gentes”, núm. 15.)

Con estos textos se reafirman clarísimamente el deber episcopal y sacerdotal de la predicación a los católicos y a los no-cristianos, así como la insuficiencia del simple testimonio, ya que es precepto divino la predicación directa del Evangelio. Estos principios se vigorizan y alcanzan la máxima tensión en las Misiones populares.

IV

Las razones sobrenaturales sobre la necesidad de la Santa Misión en Barcelona son tan claras, tan evidentes, que nos sorprendería que a estas alturas se pudieran inventar sofismas para amortiguar su urgencia, su demora o su aplazamiento definitivo. La fe exige su comunicación a los que carecen de ella y les falta la vida de la gracia. Este es el primer problema. De ahí que excusas administrativas o nuevos módulos de gobierno que impi-

dieran la celebración de la Misión, nos parecerían, no sólo inadecuados a la letra y al espíritu de los decretos conciliares del Vaticano II, sino contradictorios a la propia esencia del ministerio sacerdotal, que aunque no existieran las palabras del último Concilio, por sí misma obligaría ante Dios a predicar y a utilizar un método casi sacramental consagrado por la tradición de la Iglesia, cuales son las Misiones populares.

Supongamos, que a estas horas, ya debe prepararse la Misión de Barcelona. Y los misioneros que la deben predicar. Sería verdaderamente inaudito e inexplicable que ahora nuestra Misión no resultara mucho mejor y más preparada, ya que nunca Barcelona había contado con un Arzobispo ayudado por cuatro Obispos auxiliares y Vicarios Episcopales. La principal empresa de la Iglesia es la salvación de las almas, que ordinariamente se alcanza por la predicación sagrada. Concretamente, por las Misiones. En Francia han tenido grandes predicadores de altos vuelos oratorios, cuyas conferencias hoy podemos leer publicadas en volúmenes. Pero carecieron de la abundancia de misioneros populares que tuvo España durante la misma época. Así se explica la diferencia del calado de la fe y de la vida cristiana en sus multitudes.

Muy bien que se hagan estudios sociológicos sobre práctica religiosa. Pero ha llegado la hora en que, pres-

cindiendo de mucha hojarasca y tiempo perdido en estos medios, se planifiquen y se utilicen los métodos que realmente deben emplearse, pero contando que el Espíritu Santo es definitivamente quien mueve los corazones. Para ello deben prepararse sacerdotes de buen espíritu para la Misión de Barcelona.

No olvidemos que estamos en la ciudad de Nuestra Señora de la Merced, la de las empresas audaces y sobre-humanas de otros tiempos, a la que en esta hora debemos recurrir para una actuación gemela cual es la Misión general de 1971, de la que su realización u omisión, los pastores de esta archidiócesis, los sacerdotes y los católicos tenemos una responsabilidad personal ante Dios, que va mucho más allá de las frecuentes menudencias en que se gastan tantas pólvoras en salvas y confusio-nismos.

JOSÉ RICART TORRENS, Pbro.

Reflexión: INACTUALIDAD DE LA ORACIÓN

(viene de la pág. 319)

Porque Dios ha muerto. Y como Dios no es objetivable, no se le puede imaginar como otro Tú que está delante de ti, a quien se puede dirigir la conversación. —O también, de una manera más moderada: la voluntad de Dios se realiza de todas maneras (Él es el Absoluto); por esto es infantil intentar detenerla o querer cambiarla— Otros afirman que han intentado orar, pero que sus oraciones han caído en el vacío, han chocado contra un muro, sin el mínimo indicio de una respuesta a lo más con el eco inquietante de su propia voz.

Oscurecimiento del sol; alejamiento temporal de Dios ausencia de Dios. Éste es el destino de la mayor parte de nuestros hermanos: ¿podríamos nosotros permanecer tranquilos junto a ellos, viviendo “los consuelos de la oración”?

¿Pero se trata verdaderamente de consuelo? ¿No es más bien una excusa para no asumir responsabilidades? ¿Qué cristiano querría orar para él, sin pensar —delante de Dios— en su hermano que no reza? Desde que Cristo oró y sufrió por todos, la oración sólo puede ser católica, esto es, universal.

Debemos volvernos bocas locuaces por todos aquellos que están mudos delante de Dios. —Ofrecerse para llevar

el peso por todos aquellos que son un peso para sí mismos y tal vez para Dios—. Si el cristiano se toma esto en serio, también Dios le tomará a él muy en serio. ¿De qué sirve a aquellos que viven en la oscuridad el hecho de que yo tanteo con ellos en vez de encenderles la luz que yo llevo conmigo? En mi pequenísimo lugar “yo respaldozco como las estrellas del universo” (Filiph., 2, 15). Si muchos, si todos los cristianos juntos, de la manera que saben, hicieran luz se descubriría algo incluso en una noche sin luna.

Es, en realidad, solidario el que pone a disposición del bien de todos el don que ha recibido.

Tal hombre orará por gratitud hacia Dios y por responsabilidad con sus semejantes. No se preocupará de lo que siente o de lo que no siente; de cuanta ausencia o presencia de Dios percibe. Quizá le sucederá que descubra el sentimiento de ausencia de Dios de quien no ora; de manera que este último pueda ser superado por una idea de la presencia de Dios.

Así sucede en la comunión de los santos, que en el sentido más amplio es la comunidad de todos aquellos por los cuales Dios ha padecido la total soledad en la Cruz.

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

XIX

ALEMANIA: EL IMPERIO ANTI-TEOLÓGICO

AUSTRIA-HUNGRÍA: EL IMPERIO PATERNAL Y AMENAZADO

GUILLERMO II - JUVENTUD PEDANTE - LA MANIA DE LA REORGANIZACION

Guillermo II. — Juventud pedante. La manía de la reorganización

Ya hemos visto que el nuevo Kaiser alemán, lleno de complejos, podía estar contento. Al estilo de lo que vuelve hoy a ser moda, organizaba, desorganizaba, reorganizaba el Imperio que, en su fatuidad, ya casi creía haber, él, creado. Era feliz. Había arrinconado, con Bismarck, a todos los “viejos”. Como acontece ahora, cincuenta años después, sólo buscaba jóvenes, y “jóvenes prodigios” barbilampiños superdotados y pedantes. Y con un equipo así inició una Weltpolitik que, aun cuando digna y justificada, era perfectamente imprudente, habida cuenta las circunstancias del mundo. Completamente distinta a como la hubiera llevado el Canciller de Hierro, en lugar de ser sagaz, era, por lo común, torpe y fatua. No basta tener razón; hay que poseer un mínimo de sentido de la realidad política.

La posición de Alemania, en principio, era digna. Reclamaba el “puesto bajo el sol” que por sus méritos —no era el menor el de poderse calificar como la nación más culta del Orbe— le correspondía. Estaba harta de los abusos, de la política de rapacidad de Francia y de Inglaterra. Tenía razón. Pero esto, desgraciadamente, no basta.

Guillermo II, de haberse aconsejado con personas de mayor edad, hubiera visto claramente que su política no debía ser de bravatas, sino hábil como la de sus enemigos.

El mundo, nada menos que en sus dos terceras partes, al comenzar el siglo XX estaba, como hemos visto en anteriores artículos, repartido, con perfecta injusticia entre los dos grandes Imperios coloniales, Inglaterra y Francia, y el euroasiático y enorme Imperio ruso. No ahondaremos ahora en filosofar si, realmente, la posesión de colonias era algo tan apetecible como parecía, en 1900. La realidad, a partir de 1945, ha demostrado, con la descolonización, que muchos dominios eran mejor una carga que una sincura: el caso más visible ha sido la “facilidad” con que Inglaterra se desprendió de la árida, superpoblada e irremediablemente mísera India, pero demasiado grave para sus débiles espaldas. Es un tópico muy discutible que el dominar en el viejo Imperio de Alejandro Magno signifique dominar el mundo, o, por lo menos, beneficiarse de él. No es lo mismo el rico y pródigo Canadá, la inago-

table Siberia, que la triste India, sólo apetecible para imaginaciones poéticas. Mas, volviendo a la mentalidad 1900, la Weltpolitik no era más que una reclamación por parte de la gran carente de colonias y mercados, Alemania, contra los países plutócratas y poseedores de enormes extensiones inexploradas, Inglaterra y Francia en primer lugar. Repitamos que éstas se habían repartido el Orbe. Dejando aparte los nuevos y aún jóvenes, ya harto ocupados en su autocolonización Estados Unidos, todos los demás países no eran sino secundarios ante aquellas tres magnas potencias. Era natural que si surgía una cuarta, Alemania, reclamando como hemos dicho “su puesto bajo el sol”, de no actuar con mucha habilidad, provocase la egoística unión y encierro por parte de aquéllas. Era la natural lucha entre los felices habentes contra el único e incómodo carente que venía a turbar la fiesta.

Errores de la «Weltpolitik». Imprudencias alemanas

Por ello Alemania hubiera debido adoptar una política más cauta, en lugar de desafiar a todo el mundo a la vez. Su primer gran error fue el crear la grande y bellísima flota del ilustre almirante Tirpitz. Se nos dirá que su dignidad nacional le exigía el poseer una marina capaz de alcanzar, en alguna forma, el rango de la Gran Bretaña, y no haber de mendigar a ésta el paso de sus naves mercantes por los mares. Es verdad. Pero Bismarck, en su experiencia, no lo hubiera hecho, o, en todo caso, lo hubiera ido efectuando más lentamente. Se hubiera concentrado en fortalecerse en tierra cada vez más, que es el terreno propio de Alemania —adoptando la sabia política de solo intentar ser más fuerte en aquello en que ya se es fuerte de natural, y no improvisar aventuras en terrenos en que necesariamente se es inferior—. No hubiera provocado a Inglaterra, por lo menos por el momento. La alianza austro-germánica constituía un bloque —se demostró a lo largo de la gran guerra 1914-18—, capaz no ya de contener, sino de vencer a Francia y a Rusia coaligadas. Inglaterra, aún y a comienzos de siglo, estaba tan alejada de Francia como de Alemania; quizá (cosa poco recordada) con más simpatías (sobre todo en la

Corte y nobleza) hacia esta última, a la que, incluso, quizás hubiera ayudado a reclamar algún territorio africano nada negligible, con tal de distraerla.

«Made in Germany»

Otro motivo del odio inconfesado de Inglaterra contra Alemania, era su incapacidad de vencerla en el noble terreno del trabajo, del libre comercio, de la industria. Merced a su laboriosidad, Alemania había sobrepujado a Inglaterra en todos los órdenes industriales, comenzando, nada menos, que por el propio carbón y el acero. Las mercancías alemanas, mejores y más baratas, hallaban preferencia en los mercados libres, y Albión, la antigua librecambista (siempre Inglaterra ha amado la libertad a condición de que ésta haya redundado en su favor) ahora, negando toda su tradición, comenzaba a cerrar su Imperio, que equivalía a un tercio del mundo, a las mercancías alemanas, usando un verdadero "Jus abutendi". Francia y Rusia tendían a hacer lo propio, no sabiendo oponer más nobles armas contra los productos, cada vez más acreditados, que llegaban con la aborrecida marca "Made in Germany". Si Inglaterra, Francia y Rusia cerraban las dos terceras partes del Orbe: ¿a dónde iría a vender Alemania?

Las luchas de la diplomacia alemana. Marruecos

A pesar de la fama de agresividad que las propagandas aliadas han atribuido siempre a Alemania —cierto que, también, no siempre injustificadas—, en los 14 años que se extienden desde 1900 a 1914, en contadísimas ocasiones ésta llevó a cabo los golpes y las amenazas que se le reprochan.

Casi siempre vienen éstos limitados al cuadro de Oriente y Rusia —obligados por la alianza austro-germánica— a que nos referiremos ampliamente después, y a Marruecos. Marruecos, dígame lo que se quiera, es casi el único punto en que se ocupó, directamente, la tan acusada de agresividad diplomacia alemana en este período de la pre-guerra.

Francia se quejó siempre amargamente de las pretendidas ingerencias y altanerías de Alemania en este terreno. ¡Cuando ésta le había dejado, tranquilamente, forjarse un Imperio colonial que alcanzaba el 50 % de la superficie total de África! A primeros de siglo, y para consumir tanta adquisición, sólo le faltaba a Francia apoderarse de Marruecos. Mas allí Alemania tenía legítimos intereses comerciales. Se limitó a defenderlos; con este motivo Guillermo II efectuó una visita a Tánger, que fue calificada de espectacular. Provocada una natural tensión internacional, ella motivó la famosa Conferencia de Algeciras —con la participación de todos los mayores diplomáticos de Europa y larguísima debates—, donde la magnanimi-

dad de Alemania permitió a Francia hacerse con Marruecos, bajo promesas, que no cumplió de aceptar alguna colaboración germánica. Fue en esta Conferencia —como ya hemos comentado en artículos anteriores—, que a Francia se le dio la parte del león, y a la pobre España la infame limosna del ínfimo Rif, espantoso "hueso" poblado por las tribus más feroces del mundo, y que tanta sangre debía costarnos. Al seguir Francia incumpliendo, luego, sus compromisos, se produjo, por parte de Alemania, el tan calumniado como exagerado "Golpe de Agadir". A sesenta años vista, hay que reconocer —ahora que se puede estudiar con imparcialidad— que hacían falta todas las malas artes francesas para envenenar este incidente. Por culpa de los militares galos, llamemos de ocupación, algunos colonos alemanes se hallaban indefensos, en Agadir, ante las hordas marroquíes. Alemania mandó, para protegerles, un viejo cañonero que circunstancialmente se hallaba por aquellas aguas, el "Panther". Aquí toda la histeria y la melodramática francesas tomaron el máximo partido de la "ofensa", que calificó el incidente de "Golpe", denominación ridícula tratándose de un buque tan pequeño y renqueante. En plena euforia de su nueva marina, que estaba botando a cada momento nuevos y flamantes acorazados, de haber querido, hubiera podido mandar Guillermo II alguno de éstos, bien superior y más moderno que cualquiera de los que hubieran podido oponer los franceses. La "ofensa" alemana llenó todos los trémolos galos. Por fin se llegó a un arreglo: Francia, como compensación a sus faltas de palabra, concedió (como hemos visto en el anterior artículo) dos pequeñas franjas en su África Ecuatorial, permitiendo a la colonia alemana del Camerún asomarse al río Congo. A cambio de tan pequeña ventaja, Alemania consintió, definitivamente, que Francia ocupase y digiriese tranquilamente todo Marruecos, con lo que el Imperio francés quedaba extendido a todo el Norte y Noroeste de África, inmenso, desde las fronteras de Tripolitania, Sudán y el Tchad hasta el Atlántico. Tal fue la "intransigencia" alemana. No obstante esto, Poincaré, y todos los chauvinistas de su tiempo, comienzan sus memorias con este título desgarrador: "¡Le lendemain d'Agadir!", como si Agadir, en lugar de ser una afrenta alemana, no hubiese sido un nuevo triunfo para el nunca satisfecho apetito francés.

Y, a partir de esta fecha, no existió, hasta 1914, que sepamos (siempre, repetimos, hecha abstracción de los Balcanes, eterno e internacional avispero de la época), ningún otro golpe ni incidente provocado por la diplomacia teutona.

Causas profundas de la próxima gran guerra del 14

Cierto que, volviendo a las causas profundas de la gran guerra del 14, habían de ser éstas, naturalmente, no las centradas en Austria-Hungría (potencia secundaria) sino en Alemania (potencia principal). Y las causas honradas de la guerra del 14, repitamos, fueron éstas: 1.º El

feroz patriotismo anticristiano característico de la época, pecado general de la misma, pero pecado propio del invencible orgullo de Inglaterra, de Francia y de Alemania principalmente. Toda la diplomacia respira odio; no se ocupa nada más que de coaliciones, de observar y tantear al adversario. Es espantoso seguir, punto por punto, los anales políticos de aquella época. Era muy bella, era “la belle époque”. Pero, con todos sus defectos, nuestras épocas, aun y siendo tan desgraciadas, son —cosa que se ignora— en el fondo, mucho más pacíficas que la que se extiende desde 1900 a 1914. Era un tiempo en que parecía que ninguna gran nación tenía otra preocupación que la de buscar querrela a su vecino. Repetimos que no tenemos idea —no es verdad aquello de que cualquier tiempo pasado fue mejor— del ambiente anticristiano, ferozmente nacionalista de odio y de deseos de guerra, que caracterizaba aquella Europa, que creemos feliz, tan infundadamente, de los Eduardo VII, Jorge V, Poincaré, Guillermo II y del Zar Nicolás. La lectura de todos los anales de la diplomacia de entonces asusta, y a penas si es menos brutal que los de la época hitleriana. 2.º El eterno cesarismo anticristiano de la Corte rusa. 3.º El anhelo de Alemania (con su política naval), de conquistar colonias o territorios, lo que no podía ser sino en menoscabo de los felices habentes: Inglaterra, Francia, Rusia. 4.º La envidia de Inglaterra ante los legítimos progresos de la industria y del comercio germánicos contra los que no sabía competir lealmente. 5.º La soñada “revanche” de Francia, contra Alemania y sus pretensiones sobre Alsacia-Lorena.

Causas inmediatas de la próxima guerra del 14

Pero, si en buena filosofía de la Historia hay que dar mayor importancia a las causas principales y hondas, no es, sin embargo, propio de buen estudioso, ni de buen criterio, el negligir las causas inmediatas. Digamos más: de las circunstanciales, y, aún, de los pretextos. Siempre, “la nariz de Cleopatra” ha tenido su importancia; y quien pretende desconocerla, no se acredita de sagaz.

Y si la rivalidad, el odio que incuba entre Alemania por un lado, y Francia, Inglaterra y Rusia por otro, constituyen el “mar de fondo” de la tragedia que debía estallar en 1914, como acontece con las tempestades, que comienzan con profunda, larga y procelosa calma, en cambio, todos los incidentes, accidentes, siempre ruidosos, todo cuanto llena la política europea 1900-1914, gira alrededor de Austria-Hungría. Ésta “deviene” la gran protagonista.

Austria-Hungría. — El «brillante segundo»

Se da el caso de que el “brillante segundo” es el que, forzado por las circunstancias, acosado por ellas, está siempre en primer plano, y, de hecho, obliga a Alemania “el

gran primero” a adoptar actitudes que impone la problemática, siempre variable, de cada momento.

¡Cuán difícil es estudiar toda esta pre-guerra! En tal grado, que muchos observadores, y no superficiales, han llegado a la conclusión de que era la política de Austria-Hungría la que llevaba a remolque a Alemania.

Esto sólo es verdad atendiendo a lo que hemos dicho: si sólo lo hacemos a las circunstancias. Más débil Austria-Hungría, rodeada de enemigos exteriores e interiores, objetivo viejo y predilecto de la animadversión social de su tiempo —cuyo “leit motiv” era la destrucción del último reducto señorial y paternal que restaba en Europa, o sea el solar de los Habsburgo—, por una especie de atávico sadismo del mal, se hallaba, además, por fatal situación geográfica, ligada al avispero de los Balkanes, donde debía, además, defenderse de la permanente inmisión rusa. Jamás el Imperio del buen Francisco José llegó a gozar de un momento de paz. No le dejaron. Se consiguió amargar la vida y la ancianidad del buen Emperador, que éste sí merecería el título del “último de los grandes soberanos” de la vieja Europa, con su venerable figura que ha quedado como un símbolo, y de la que aún en la actual, pequeña y empobrecida, pero siempre exquisita Austria, se guarda un verdadero culto.

Y Austria-Hungría, a cada momento, se veía obligada, ante tantos enemigos, a recurrir a su aliado y protector, el fuerte Imperio alemán. Y éste, por tanto, a variar en cada momento de política, según por donde le llegaban los tiros a su “brillante segundo”.

Resumen de la política austro-húngara en este tiempo

Habiéndonos impuesto acabar en este artículo el estudio de Alemania-Austria-Hungría, no nos queda espacio para extendernos en la complicadísima historia diplomática de esta última más que a grandes rasgos. Pero nos excusa el hacerlo una razón; tras nuestros próximos artículos (que también van a ser breves) sobre la última y sexta potencia, Italia, vamos a dedicar, naturalmente, uno o dos, propiamente a 1914 y a los dos años que precedieron a la gran guerra y estallido de ésta. Esta inmediata pre-guerra, se centra en la que sí —repetimos la acepción— fue real pre-guerra, la de 1912-13 de los Balkanes. En ella, aparte de los actores (Turquía y los países balcánicos), los dos protagonistas, tan inmediatos que ya casi no se puede decir actúan tras bastidores, son Rusia, y, especialmente, Austria-Hungría. Forzosamente habremos de centrar en esta última los graves problemas europeos de aquellas horas de angustia y de agonía. Por lo tanto, no hemos de repetirnos.

Para resumir brevemente la política austro-húngara desde primeros de siglo hasta el 1912, nos limitaremos a decir que toda variación en los Balkanes la afectaba. Rusia, en su afán de llegar a mares libres, y al Mediterráneo —tan ancestral—, era la natural protectora de los

pequeños Estados que habían ido surgiendo en los Balkanes del desmembramiento del Imperio turco. Y aprovechaba el hecho de ser estos Estados de raza eslava, para incitarlos a promover "irredentismos" dentro del pacífico Imperio austro-húngaro que no se metía con nadie, y que sólo deseaba vivir en paz. Pero Rusia utilizaba el espejuelo de Servia o de Bulgaria, para promover ansias de separatismo en las regiones eslavas (tan importantes) de aquel Imperio, monarquía dual austro-húngara: Bohemia, Croacia, Eslavonia, etc. Y aun a Rumania para agitar otros irredentismos en Transilvania. Cada, no ya guerra, sino incidente en los Balkanes, era un próximo peligro, indirectamente, de guerra entre Rusia y Austria. Por cuanto, naturalmente, Austria, en legítima defensa, utilizaba también sus medios diplomáticos (y el antes citado fuerte apoyo alemán) y los antagonismos que existían, por parte de los nuevos pequeños Estados balcánicos, entre sí.

Por dicha razón, es complejísimo, y llena libros enteros, toda la historia diplomática del enfrentamiento austro-ruso y de la cuestión de los Balkanes. Para ilustrar un poco al lector, en líneas generales, diremos que Servia, especialmente después del advenimiento de la dinastía de los Karageorgevitch era el eterno feudo de Rusia; por medio de ella, la potencia eslava agitaba sus hermanos de raza dentro de la monarquía dual, o sea Croacia, Eslavonia, Bosnia, Herzegovina. Turquía, en cambio, por la fuerza de las cosas, por hallarse siempre amenazada por el deseo de Rusia de llegar a Constantinopla, había de verse, normalmente, protegida por Alemania y Austria. En Rumania, reinaba un Hohenzollern, y en Bulgaria un Coburgo; por dicha razón las cortes de Bucarest y de Sofía, equilibradas (país latino el uno, y eslavo el otro, pero soberanos germánicos), se inclinaban hacia el sol que más calentaba. Bulgaria, las más de las veces por su antagonismo hacia Servia, aun cuando protegida por Rusia, se orientaba hacia Austria. Grecia, en definitiva, venía "protegida" por Inglaterra y por Francia. Como se ve, cada pequeño Estado balcánico (y aun el ínfimo, pero siempre guerrero, Montenegro) venía a ser marioneta de una gran potencia.

En 1907-9, Francisco José puso su gobierno en manos de un político enérgico, Aehrenthal: era en ocasión de la revolución de los Jóvenes turcos, que provocó otra grave crisis. Cansado ya de las ingerencias rusas, el gobernante austro-húngaro (aprovechando la momentánea debilidad de Rusia tras su guerra con el Japón) se anexionó la Bosnia y la Herzegovina. Aquí la hipócrita propaganda aliada se las emprendió, de nuevo, con toda clase de calumnias contra el venerable emperador austriaco. Olvidaban que desde 1875 Austria-Hungría —ante la demanda de toda Europa— había debido ocupar militarmente aquel país. ¡Ciertamente, ni Francia ni Inglaterra hubieran tar-

dado 35 años en anexionarse un país ocupado tras tanto tiempo! Mas esto no fue óbice para presentar a Francisco José como el déspota de su época.

Y aquí estaba Europa, ante el avispero, el volcán cuya explosión incubaba; los Balkanes. Cerremos este estudio sobre Austria-Hungría, que vendrá, como hemos dicho, continuado al hablar del estallido de la guerra del 14, con una consideración muy importante, tan importante como poco conocida, y que debe ser premisa para que el lector tenga, para entonces, una idea justa y exacta de las cosas.

La monarquía dual, este bello Imperio austro-húngaro, tenía una faceta negra. E inesperada, repetimos, ignorada de muchísimos estudiosos de su tiempo. Y era Hungría. Esto chocará al lector.

Hungría es, y era, un país leal y caballeresco. Pero, por desgracia, esto no obsta para que fuese violento y autoritario en demasía. Obtenida su dualidad con Austria, se opuso siempre a que la monarquía se convirtiese en triple, lo que hubiera sido la salvación del venerable Imperio. Personas clarividentes, deseaban que Austria-Hungría se convirtiese en Austria-Hungría-Eslavia, triple corona, dando a Bohemia-Croacia-Eslavonia una personalidad tan alta y autónoma como la húngara, en paridad con la austriaca.

Por parte de Austria, no hubiera habido inconveniente; tanto es así, que la novela y el romance han atribuido al suicidio de Rodolfo, en Mayerling, a fin de siglo, y al asesinato del Archiduque Fernando en Sarajevo, gran relación con estos intentos políticos. Pero a ellos siempre se opuso Hungría. En su orgullo —triste pecado en nación tan ilustre—, jamás quiso considerar a las razas eslavas sus iguales.

Es más, y ello será objeto de nuestros estudios; tal orgullo constituyó siempre un motivo de desorientación tremendo, un tira y afloja que sacó continuidad y lógica a toda la política austriaca de la década. Porque se daba el caso paradójico de que, cuando Austria-Hungría (con el apoyo alemán) conseguía imponer su paz, y aun, la posibilidad de anexionar algún territorio eslavo liberándolo de Turquía, la mayor oposición surgía, no de sus enemigos, sino de Budapest. El tremendo orgullo magyar temía que aumentase la población eslava dentro del Imperio austro-húngaro, para no verse en situación de haber de conceder a dicha población la personalidad que Austria le había otorgado en 1867. Y así se malograron muchas cosas, y Austria-Hungría provocó enemistades.

El senador Albertini, que tiene efectuados (publicados en Oxford), los más documentados estudios sobre la diplomacia europea, día por día, en aquellos años procelosos, define muy bien así la cuestión: "El problema de Austria-Hungría no era sino éste: el problema magyar".



O «PLATEAU DE FROMAGES» PARA TODOS LOS GUSTOS

Hace algunos años, el comunismo internacional constituía un monolito doctrinario, cultural y político.

Posteriormente, este monolito se ha fragmentado. En Europa surgirán los cismas yugoslavo y albanés. En Asia se abre una inmensa brecha con China. De ahí el fraccionamiento de los medios comunistas en todo el mundo en dos tendencias rivales; la pro-rusa y la pro-china. Con la revolución marcusiana de 1968 y la agitación checoslovaca se hará —a su vez— más concreta la distinción ya antes esbozada entre un neo-comunismo liberal semi anárquico, y un comunismo soviético, férreamente dictatorial.

Esto, fuera de Rusia. Dentro, también el hecho monolítico del comunismo sufre profundas alteraciones. Al lado de los comunistas de vieja cepa estaliniana, aparecerán los comunistas “deshelados” de tipo Kruchev. Después surgirán los comunistas postkruchevianos, que aparecen como una mixtura de kruchevismo y stalinismo. Luego los postkruchevianos se parten en “palomas” y “halcones”. Y por fin —a juzgar por las copiosas informaciones del escritor Kuznetsov— el comunismo ruso va perdiendo la identidad consigo mismo quedando en algo brutal e indefinido, que reserva en su fondo toda clase de sorpresas. El reclamo del comunismo se habría refugiado en el

pecho de algunos intelectuales perseguidos.

Como se ve, todo son heterogeneidades y confusiones. Diríase que los fragmentos del comunismo pierden sus contornos, liquidarán y acabarán transformándose en un magma en el cual los diversos elementos se encuentran, se combinan o se repelen en su contenido sin dejar de formar parte de la misma masa líquida.

Es verdad, que para este hecho, se han dado múltiples explicaciones; rivalidades de jefes u otras en el interior de Rusia; choques de intereses nacionales dentro del bloque soviético; explosiones de liberalismo reaccionario al medio siglo de tiranía, etc. La “inteligentzia” de todo el mundo se preocupa desarrollando explicaciones. Filósofos, sociólogos y literatos van divagando de buena gana sobre este asunto. Cada cual procura motivar el fenómeno según el ángulo del que lo observa. Estas explicaciones, que la mayor parte de las veces se contradicen van siendo introducidas entre el público por medio de libros, conferencias, revistas y periódicos. En conjunto llevan, a todo el Occidente a la convicción de que, en un momento dado, se pondrán en acción factores múltiples y dispares, nacidos de las más profundas entrañas de la realidad, las cuales, a una, quebrarán y licuarán el viejo monolito.

El presupuesto de esta convicción,

es de que todos los comunistas que se agitan en este pandemonium son sinceros. Que todos dicen lo que piensan y cumplen lo que dicen. Cada cual, haría, de este modo, en el caos rojo, un juego propio, en el que llegaría hasta el fin.

Nadie dispone de elementos para saber si ese chaparrón de explicaciones sobre este supuesto sean verdaderamente objetivas. Más bien parece poco prudente y contrario a todas las leyes de la lógica admitir —como punto de partida para tan amplia visión de la presente realidad comunista— un supuesto que no ha sido previamente objeto de un cuidadoso análisis.

Sin emprender aquí este análisis deseo comunicar a los lectores algunas observaciones y reflexiones que tal vez les ayuden a emprender por sí mismos ese trabajo.

En primer lugar notemos que la escisión Rusia-China, tan vistosamente afirmada por la prensa de las dos potencias, es mucho menos profunda de lo que parece. Entre los dos “grandes” del comunismo, persisten puntos de contacto de importancia vital pero cuidadosamente dejados en la sombra por ambos. Así Moscú y Pekín continúan apoyando a Vietnam del Norte y esto con tal abundancia y vigor que Nixon se considera forzado a abandonar gradualmente a su triste suerte a Vietnam del Sur.

En segundo lugar no perdamos de vista que Chag-Kai-Chek si no ha desembarcado sus tropas en la China continental ¿es porque los Estados Unidos lo prohíben? ¿Los Estados Unidos podrían tal vez ser derrotados por China? Evidentemente no. Si el desembarco de los chinos en apoyo de los anticomunistas de su patria no se opera, es porque los Estados Unidos recelan represalias soviéticas. Por todo esto es forzoso admitir que Rusia y China no están tan divididas como parecen. Y que ambas esconden algo tras la tan cacareada escisión.

Mas, preguntará el lector, ¿qué interés tienen estos aparentes cismas del comunismo? ¿No es eviden-

te que este juego deja el caos tras de sí?

Por mi parte, considero que las palabras "son" muy livianas, pero indudablemente tienen muchas ventajas. Apuntaré sólo una.

Hace muchos años Moscú con toda malicia viene intentando una "coexistencia pacífica" con el Occidente. Con miras a desmovilizar la reacción anticomunista mundial los dirigentes del Kremlin ponen en juego todos sus recursos propagandísticos. Es en vano. La inmensa mayoría de los occidentales desconfía de sus maniobras, y permanece obstinadamente fría.

Ahora, con el fraccionamiento del monolito, la desconfianza ha disminuido. El comunismo empieza a parecer menos maquiavélico. Tomando aires de espontaneidad en sus reacciones, de abierto en revelar sus heridas internas, de más sincero, en una palabra.

Ocurre que los varios aspectos

dentro del magma comunista van tomando un aspecto curioso. Hay uno para cada gusto. Que el mundo occidental gusta de la libertad, de la aventura, de la audacia, puede entusiasmarse con el comunismo marcusiano. Que gusta de dramas sentimentales, puede enternecerse con la desventura de los intelectuales comunistas perseguidos en Rusia. Que por el contrario, aprecia el orden, la organización, el método, tiene en Duclos el paradigma de hombre ponderado, inteligente y firme. Que aprecia la agresión, la violencia, el crimen, ya no precisa recurrir a las novelas policíacas; lea la vida del Che o de Camilo Torres, o medite sobre las máximas de Mao-Tsé-tung. Si alguno aprecia el diálogo, vuelva los ojos al razonador P. C. italiano. Si lo espera todo de una política de mutuas concesiones, mire a Ceausescu o a Tito. En suma, como en el clásico "plateau de fromages" francés, el comunismo actual es un in-

menso "plateau" de comunismos con variedades de comunismo para todos los gustos.

Si, para todos, incluso para ciertas derechas. Pues ¿puede algo agradar más a éstas que la dictadura ex comunista que algunos kuznetsovs ven emerger de la Rusia actual?

Desmovilizada la desconfianza universal, la apertura de incontestables zonas de simpatía en toda la opinión mundial, nada podría servir mejor a la causa insidiosa propuesta por Rusia... mientras ella se va armando hasta los dientes.

Si ese fraccionamiento del bloque comunista proporciona a su causa tan jugosos intereses, forzoso es preguntarse si ese "plateau de fromages" ofrecido por el oso comunista al mundo no es una gran maniobra.

Maniobra que, como es obvio, utiliza a mucha gente que no se da cuenta de que está ayudando...

PLINIO CORREA DE OLIVEIRA

¿COMPLEJO DE CATOLICOS?

No es mi intento, con este modesto trabajo, tratar de los complejos psicológicos, de los que, hoy, tanto se habla. Simplemente, me propongo comentar con brevedad, y no sin pena, la actitud de ciertos católicos, que, dan la impresión de sentirse acomplejados, como si, vivir dentro de la comunión de la Iglesia Católica Romana, no fuera motivo, más que suficiente, para dar gracias al Señor, por don tan apreciable, como es, el pertenecer a la Iglesia de Cristo, a la vez que, un motivo poderoso, una exigencia acuciante, que nos debe impulsar a una vida más llena, más a tono con la verdad revelada, lo que equivale a decir una vida más auténtica, más sincera, pero, de cara a Dios y de cara a los hombres.

Algunos de estos hermanos, prefieren decirse cristianos, sin más; otros, en escritos, o de palabra, citan con gusto, autores cristianos ciertamente, pero separados de la

comunión con la Iglesia Romana, Madre de todas las Iglesias, creyendo con ello, avalar mejor su condición de católicos abiertos. Más lamentable es el hecho de los que, encomian hasta el exceso, personas e Instituciones, no católicas, y hablan con cierto desdén, y aun exageran, defectos, a veces ciertos, a veces imaginarios, que se han dado, y se dan, dentro del seno de la Santa Madre Iglesia. No nos puede llamar la atención, que, una Sociedad como la Iglesia de Cristo, divina, pues ciertamente, ha sido fundada por Jesucristo, nuestro Señor; asistida indefectiblemente por el Espíritu de Dios, que prometió por boca del mismo Cristo, no abandonarla jamás, como leemos en el Santo Evangelio: "Y sabed que estoy con vosotros, todos los días, hasta la consumación de los siglos" (Mt. 28-20), pero que, no obstante, está formada por hombres, por naturaleza sociables, pero flacos,

limitados, pecadores, y, por tanto, acusa los defectos, propios de la debilidad humana. El mismo Señor, dejó establecidos remedios sobrenaturales, con que, constantemente la Iglesia se purifica, se renueva, dando con ello pruebas de divina fecundidad.

Es verdad que, a veces, la conducta de algunos, o si se quiere de muchos católicos, deja bastante que desear, pero ello no es imputable a la Iglesia, ni a su condición de católicos, sino más bien al mal uso de la libertad personal, en sus relaciones con Dios, con la sociedad, y aún, con la misma Iglesia, que, como Madre, llora incesantemente, y llora las infidelidades de sus hijos, a fin de conseguir de su Señor y Esposo Divino, Jesucristo, Mediador ante el Padre, el perdón, la santidad y la paz para sus hijos. Ser católico, es una gracia, no pequeña, y hemos de sentir un orgullo santo, dando, con

humilde reconocimiento, gracias al Dador de tan gran bien, y recordando el aviso del Apóstol, "el que esté en alto, mire no caiga", pidamos con perseverante humildad y confianza, mantenernos "fortes in fide"; conscientes de nuestra responsabilidad, esforcémonos por hacer cierta nuestra vocación a la verdadera fe, siguiendo el consejo del Apóstol San Pedro: "Por lo cual, más bien hermanos, procurad ahincadamente asegurar vuestra vocación y elección, porque esto haciendo, no tropezaréis jamás" (2.^a Ped. 1-10). Debemos, sí, con ahínco, trabajar más y más y más, porque nuestra vida, sea la mejor predicación de nuestra fe, ya que la fe sin obras es fue muerta como nos dice el Apóstol Santiago: "Porque así como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras, está muerta" (Sant. 2-26). La caridad sobrenatural debe informar de tal manera nuestra fe, que la haga dinámica, operativa, ingeniosa para realizar el bien. El pecado al arrebatarnos la Gracia o amistad amorosa de Dios, y con ella la caridad, no nos quita la fe, que aún en pecado, sigue siendo un excelente don recibido de la Mano del Altísimo, pero no cabe duda que, el pecado, va minando nuestra misma fe, que, sin obras, vivificadas por la caridad, corre el riesgo de perderse. Es un gran mal, para el labrador, que, ve perdida su cosecha, por una helada tardía, pero el mal es mucho mayor, verdadera tragedia, si, además de los frutos, se ha helado también el árbol. Es evidente que, el pecado, es un gran mal, que lleva consigo la pérdida de la gracia, pero, si además, se pierde la fe, es entonces el mayor de los males.

No es un secreto que la fe de muchos hombres, está en crisis. Son momentos los que vivimos, que reclaman actitudes claras, definidas, valientes. Se resiste abiertamente al Supremo Magisterio de la Iglesia; se ataca, sin consideración a la Cátedra de Roma. No son momentos de camuflar nuestro "catolicismo", sino

más bien, de ser consecuentes con nuestras creencias. Debemos dar pruebas de auténtico catolicismo, viviendo sin disimulos nuestra fe, que sin duda compromete toda nuestra persona, no sólo nuestro entendimiento, sino también nuestra voluntad, y nuestro corazón. Denota una personalidad bien apocada, no atreverse a confesar claramente nuestra condición de católicos, pero con la añadidura de romanos. Sí, se nota cierta tendencia a desvincular de la Iglesia de Roma, y por lo mismo, debemos, los católicos, reforzar más y más, nuestra fiel y leal adhesión a la Iglesia romana, a la Cátedra de San Pedro, al Vicario de Cristo. "Ubi Petrus, ibi Ecclesia; ubi Ecclesia, ibi Christus; ubi Christus, ibi Deus". Es lamentable, que, algunos de nuestros hermanos en la fe, para aparecer amplios y abiertos a todas las corrientes modernas, fácilmente censuran a la Jerarquía, dan paso a opiniones muy discutibles en materia litúrgica, jurídica, disciplinar, y aun a veces, en puntos de dogma, que rozan, al menos, la verdad revelada o los principios morales inmutables. Parecen estar, acoirazados". Conviene que no olviden que, tal conducta, a ellos no les beneficia, y es, con respecto a sus hermanos, muy poco ejemplar.

La confesión de la fe, con sincera y leal adhesión a la Iglesia, Depositaria de la divina Revelación, exige generosidad, fortaleza cristiana; recordemos el salmo 88, en que, el Salmista, pone en boca de Dios, los siguientes versos: "He ceñido la corona a un héroe; he levantado un soldado, sobre el pueblo; encontré a David, mi siervo, y lo he ungido con óleo sagrado, para que mi mano, esté siempre con él, y mi brazo, le haga valeroso" (Sal. 88, 20-22). Toda la tradición ha visto siempre en David, Rey, el tipo de Cristo. Las palabras del Salmo citado, se pueden aplicar muy bien al cristiano, "alter Christus". La unción, con el óleo sagrado, con que ha sido ungido en la Confirmación, es señal de que la

Mano de Dios, está con él y su brazo le hará valeroso, a fin de que, fortalecido así, con la Diestra del Altísimo, pueda el cristiano, confesar valientemente su fe, sin paliativos, ni disimulos. No dudemos que el Señor, nos revestirá de fortaleza, a fin de que nuestra vida concuerde con nuestra fe, sin concesiones lamentables, antes bien, con todas las consecuencias que comparta, el ser católico sincero, auténtico, en los momentos que atraviesa la Iglesia. No es noble arremeter contra la fe de aquellos católicos, que, bien sea por debilidad, u otros motivos, no viven como debieran; cierto que, su conducta, puede ser verdadera piedra de escándalo, pero lo correcto, es ayudarles a salir del mal estado en que se encuentran, a fin de que, ayudados por la oración de sus hermanos, y por la caridad pastoral de sus pastores, recuperen la amistad de Dios, su Gracia, su Amor, y así su fe, resulte viva y luminosa. Es grande la gracia de la fe, y grande la misericordia de Dios, que, pese a nuestros pecados, nos mantiene en la fe.

Es bien oportuna la invocación, con que la Iglesia, llama a María Santísima, "La Virgen fiel". Ella es el modelo más acabado de cual deba ser nuestra fidelidad para con Dios, nuestro Señor, confesándole, ante todos los hombres, con una vida ejemplar y santa, en sus distintos niveles, personal, familiar, social, profesional, etcétera. Así hacemos Iglesia, y ayudados de la Gracia divina, creamos en nuestros respectivos ambientes, un clima ecuménico, ya que a la vez que mantenemos firme e inmovible nuestra fe, se dilatan en nuestros corazones los espacios de la caridad, haciéndonos, no duros e inflexibles, sino suaves y comprensivos, como conviene a quienes viven fundados en un amor, no fingido, sino sincero, terso, sin claudicaciones.

FR. ANTONIO DE LUGO,
O. S. H.

Santa María de los Ángeles.
Javea (Alicante).

ARMAGEDON

He aquí un vocablo que cobra cada día mayor actualidad. Pero ¿quién sabe lo que significa? Muchos no lo han oído mencionar siquiera. Otros sospechan de él algo de mal agüero. Unos pocos lo atisban como liberación paradisiaca; fin de penas y comienzo de goces.

Estudiemos el asunto detenidamente: consignemos desde luego que una sola vez aparece en la Biblia con todas sus letras; en Apocalipsis 16, 16: “Los espíritus de demonios... van a reunir a los reyes de toda la tierra para la guerra del gran día del Dios Omnipotente... y los reunirá en el lugar llamado en hebreo ARMAGEDÓN” (16, 14-16).

Para proceder con claridad, antes de entrar de lleno en la materia, precisemos tres puntos: primero, etimológicamente viene de Har = monte y Mageddo = ciudad antigua. Segundo, literalmente Armagedón significa un cerro situado en medio de la llanura de Esdrelón en Galilea por el camino obligado entre Egipto y Siria; lugar muy estratégico. Tercero, simbólicamente significa: la victoria de Dios sobre el demonio.

Con esas premisas desarrollemos el asunto, exponiéndolo en otros tres apartados: 1.º Por qué la Biblia escogió este nombre; 2.º Qué significa Armagedón para los testigos de Jehová; 3.º ¿Cuál es su legítima interpretación?

1.º ¿Por qué la Santa Biblia apellida Armagedón a la victoria de Dios sobre el demonio? La lucha entre ambos poderes llena toda la historia no sólo de Israel sino de toda la humanidad. A efectos de la tradición postparadisiaca, los hombres han conservado y transmitido el recuerdo de un castigo infligido por el Dueño del Universo a una potencia maléfica, que han llamado demonio o satanás. Éste se irguió ante el Hacedor para disputarle el dominio de los hombres. La Sagrada Escritura es el libro de Dios. En él se habla a menudo de este antagonismo bajo diferentes facetas. Como el Apocalipsis es el último de sus libros, Juan, el vidente de Patmos, expone éste, llamémosle desafío de Dios y Satanás, entre simbolismos, figuras poéticas, metáforas, realidades, todo entremezclado de modo que resulta difícil no solamente captar el significado total sino el mismo sentido directo. Por ello, sin un Guía autorizado, se cae en los más absurdos dislates.

Contestamos ahora a la pregunta: El paraje mencionado ha sido en la historia de Israel teatro frecuente de grandes batallas, algunas con signo positivo; la mayor parte, al revés. En Jueces 4, 2-16 Débora y Barac derrotan a Sísara cuya cabeza atraviesa luego Jael con un clavo; en 1.º Reyes 22, 29-35, Ajab rey de Israel es aquí derrotado y muerto por los arameos; en 2.º Reyes 9, 27-28, Ococías rey de Judá y Jorán rey de Israel son derrotados y muertos por Jehu y en 2.º, Reyes 23, 29 es también aquí vencido y muerto el piadoso rey Josías: “En su tiempo, el faraón Neco, rey de Egipto subió en ayuda del rey de

Asur... El rey Josías le salió al encuentro, pero el faraón le dio muerte al primer encuentro en *Mageddo*”.

Se explica, pues, que a los judíos este paraje les impresionara terroríficamente. Parece que por esto, San Juan escogiera la palabra ARMAGEDÓN para profetizar el triunfo de Dios sobre sus enemigos.

2.º ¿Qué significa Armagedón para los Testigos de Jehová?: Nos hallamos ante una de esas interpretaciones fantásticas de la Biblia, con las que en el decurso de la historia del cristianismo, espíritus exaltados han impresionado al pueblo ingenuo y creyente, con demasiada frecuencia.

Síntesis de sus ideas: Dios vencerá al demonio en la batalla del Armagedón. Demonios son todos los que no piensan como ellos; y peores, quienes más se acercan a Dios. Por tanto: paganos, musulmanes, protestantes, católicos, sacerdotes y Papas todos serán aniquilados en esa batalla. Los testigos quedarán dueños del cielo y de la tierra, allá 144.000, acá, los otros.

Veamos si es así; tengo ante mis ojos siete de sus libros. En ellos se entremezclan las ideas señaladas. Bastará algún botón por muestra.

Armagedón es el título de uno de ellos. Escrito durante la guerra del catorce pronostica, como cosa infalible, la destrucción del imperio turco (pág. 45 al 46) a la que seguirá el Armagedón con el aniquilamiento de la organización cristiana. “La imagen de la bestia es todo sistema u organización religiosa que... se parezca a la bestia papal”. “La señal de la bestia es una distinta divisa de su autoridad”. “La Iglesia papal presume de poseer esta divisa...” (107).

Otro libro: ¿Qué ha hecho la religión para la humanidad? “Como un sistema organizado y colectivo de religión, sus clérigos son la personificación de la desobediencia a Jehová Dios. Ellos forman un hombre de iniquidad... “Ahora que Cristo Jesús está presente en su reino, ha llegado el tiempo para que aniquile a estos apóstatas”... Los comunistas... y el clero de la Cristiandad, ¿cuál clase es la más represensible?” La Biblia contesta: “El clero religioso”... “Cuando Dios... venga contra ellos en la batalla de Armagedón”... “Despacha a sus oficiales ejecutores; Él les manda MATARLOS HASTA EXTERMINARLOS y comenzad desde mi Santuario... Así lo harán”, p. 354.

En “Usted puede sobrevivir al Armagedón”: Jehová dijo “Pasad por la ciudad y herid... No perdone vuestro ojo ni tengáis compasión al anciano, al joven y a los niños y a las mujeres, matadlos hasta exterminarlos y comenzad desde mi santuario” (pág. 212 y en la pág. 139).

“En la gran Asamblea tenida en Ohio el 8 de septiembre de 1922, el Presidente de la sociedad Watch Tower Bible & Tract, así arengó a los asistentes: “¿Creen ustedes que el Señor ahora está en su TEMPLO juzgando a las

naciones de la tierra? ¿Creen ustedes que el Rey de la gloria ha comenzado su reinado?" (A esto la Asamblea contestó con un fuerte: sí.) "Entonces", prosiguió el Presidente, "otra vez al campo, hijos del Altísimo Dios. ¡Cíñanse la armadura!... Sean activos, sean valientes... salgan en la lucha hasta que cada vestigio de Babilonia yazca desplazado."

Y en "De paraíso perdido a paraíso recobrado" "No hay DUDA ALGUNA DE QUE ESTAMOS EN EL TIEMPO DEL FIN"... ¿Cuándo se peleará el Armagedón... Nadie sabe esa fecha pero sí sabemos que será muy pronto"... "Los de la sociedad del mundo nuevo están velando. Ellos sabrán cuándo el Armagedón va a comenzar... "El Armagedón sorprenderá atterradoramente a toda PERSONA FUERA DE LA SOCIEDAD DEL NUEVO MUNDO..." "¿Quiénes pasarán con vida a través del Armagedón? ÚNICAMENTE los que obedecen al mandato bíblico de buscar a Jehová"... "Tan grande será esta obra de limpieza que Ezequiel, 39, 9-10, dice que por siete años no traerán leña de los campos ni la cortarán en los bosques; porque con las armas harán lumbre. Sí; con las armas que habrán dejado los enemigos muertos".

Y finalmente en un libro editado en 1968: "La verdad que lleva a vida eterna" leemos: "Vivimos en el más bendito tiempo de la historia humana. Ya PRONTO Jehová y su hijo "Cristo Jesús" librarán el universo de todos los enemigos de Dios" (190).

¿Y cuándo ocurrirá esto? Todos de palabra y por escrito, contestan: *En esta generación*; y muchos señalan la fecha: 1975. Otros, más cautos, a medida que la fecha se acerca, vacilan. Y unos afirman que tendrá lugar en el monte aquel. Otros, que el sitio es el nombre simbólico de la gran batalla.

Observa, lector: 1.º Sus fallos proféticos: según dijimos, el libro Armagedón pronostica como segura la destrucción del imperio turco. Todos aseguran que, conforme a las profecías, el reino de Cristo comenzó en 1914; el fin del mundo lo anuncian y luego lo aplazan.

2.º Sus disparatadas interpretaciones de la Biblia. "El tiempo está cerca. La Palabra de Dios declara: "Sólo un poco más de tiempo y el inicuo ya no será" (Salmos 37, 10). Escrito esto hace 3.000 años prueba ¿verdad? "Los gobiernos de la actualidad serán quitados" (Daniel 2, 44). ¿Quería decir los de la segunda mitad del siglo xx? Y siempre por el estilo. Sólo una profecía, muy citada por ellos, me haría temblar: 2.ª Timoteo 3, 1, "En los últimos días... habrá hombres egoístas... que, con una apariencia de piedad niegan su poder (de Dios). Hay entre ellos quienes se introducen en las casas y se captan el ánimo de mujerzuelas..."

3.º Su "candidez" o la candidez que suponen en los lectores: "No seréis vosotros los que pelearéis en esta batalla. Serán los ángeles" (?) Mas entonces ¿cómo aseguran que la gente no necesitará leña para encender la lumbre (¡qué anticuado es esto!) porque la encenderán con las armas abandonadas por los muertos (¿en lucha con ángeles?) las cuales serán tantas (¿de madera?) que necesitarán siete años para recogerlas" (Ezequiel 38-39).

4.º Reflexiónese, sobre todo, en las blasfemias enceberradas en esa literatura "Jehová, por medio de Cristo y de sus ángeles matará (un libro sobre ya el modo: degüello) a todos los no testigos, niños también, comenzando por los sacerdotes, y como sostienen que la apostasía comenzó, fallecido San Juan, de no estar muertos mataría a los mártires, misioneros, santos, doctores de los 20 siglos; y sobre todo a los 4.000 sacerdotes que, del 36 al 39, dieron su sangre por Dios y por Jesucristo. Y Jesucristo proclama: A quien me confesare ante los hombres, Yo le confesaré (¿o le degollaré?) ante mi Padre celestial (Mat. 10, 32)" y si uno me amare, guardará mi Palabra, mi Padre le amará e iremos a él y haremos nuestra morada dentro de Él" (Juan 14, 23 (¿para matarle?). ¿Se habrían podido imaginar jamás concepciones tan burdas, tan horrendas? Y esto... ¡en nombre de Dios!! Y por el solo crimen de no pertenecer a su grupo.

Es verdad que la Iglesia Católica cree en el infierno porque Cristo lo enseña, pero *nadie* se condenará sin culpa grave consciente y personal. De no tenerla, el budista, el moro y hasta el testigo de Jehová irán al cielo.

5.º ¿Cuál es la legítima interpretación, según nuestro parecer, de Apoc. 16, 16?

Copiemos de Apocalipsis 17: "Y vi una mujer sentada sobre una bestia escarlata, llena de nombres blasfemos, con siete cabezas y diez cuernos"... "Sobre su frente un nombre escrito: Misterio: Babilonia la Grande"... "Y vi a la mujer emborracharse de la sangre de los santos y de los mártires de Jesús"... Yo te explicaré el misterio de la mujer y de la bestia que la soporta que tiene siete cabezas y diez cuernos... "Las siete cabezas son siete montañas sobre las que se sienta la mujer; son también siete reyes"... "Los diez cuernos que has visto son diez reyes que no han recibido aún el reino; pero que recibirán el poder de reyes... con la bestia"... "Harán la guerra al cordero y el cordero los vencerá porque es el Señor de Señores y el Rey de Reyes y con él vencerán los suyos, los llamados, los elegidos, los fieles" (Apoc. 17, 3-14).

En estas palabras claramente se alude a Roma persecuidora de los cristianos; y es aclaración del capítulo anterior.

Dios está indignado por las persecuciones con que Roma atormenta a los cristianos. La ciudad de las siete montañas es Roma. Y Roma la imperial, la que tributa honores divinos a sus emperadores, no se rinde a Jesucristo, a pesar de los ejemplos de los cristianos.

Por ello Dios acude al remedio de una batalla. Constantino el Grande arremete contra Magencio y le derrota en el puente Milvio. Es el fin del paganismo. Es el triunfo de Cristo. Es la victoria de la Cruz. Aquí ha reunido Dios a sus enemigos, a los enemigos de su nombre como nos ha dicho San Juan en Apoc 16, 16. Esta es, por tanto, la batalla del Armagedón.

No pretendemos dar certeza absoluta a la interpretación de esos textos que rezuman indignación divina. Todo muy justo, dada la conducta de Roma imperial contra Cristo y sus seguidores. Concretamente en el capítulo

VII señala a Roma como la mujer embriagada con la sangre de los mártires. A partir de la batalla del puente Milvio, las cosas han cambiado. El horizonte se ha despejado para la Cruz. Por doquier se erigen templos y basílicas en honor a Dios y de Jesucristo; por todas partes la "marca" de la Cruz es símbolo de cristianismo. Los misioneros vuelan a todos los confines de la tierra. Y cuando bajarán del norte las hordas bárbaras, estos cristianos inyectarán en sus venas el espíritu de Cristo y surgirá la Iglesia de la Edad Media con toda su majestad.

Habrán defectos, habrá pecados, habrá miserias. Todo ello está previsto Jesús está aquí en medio de la humanidad, con los brazos abiertos para acoger a los hombres de buena voluntad y corazón sincero; y los conducirá a la cumbre de la santidad, del heroísmo, del martirio.

En cuanto de Dios depende, las cosas se han arreglado para que podamos rendirle el culto que le es debido; y vencido el demonio en nuestras almas y llenos del espíritu de Jesús, constituir un rebaño y un pastor, un cuerpo y una cabeza, unos sarmientos y una vid, en una palabra: el pueblo de Dios.

Que muchos, muchísimos por desgracia, acogiéndose a motivos de la imperfección humana, se revolverán contra esta misma Iglesia la cual, a pesar de ello, los ama, los instruye, los cuida espiritual y hasta corporalmente, ha

sido, es y será verdad. Dios juzgará a cada uno según su intención y según su proceder. Pero el triunfo será siempre de Cristo y de cuantos sinceramente le sigan.

Así que el Armagedón primero ha pasado ya; pero mientras los hombres continúan guerreando contra Dios, y contra Cristo, Dios seguirá derrotándoles en nuevos Armagedones. Se llamarán Lepanto, Waterloo, Madrid, Berlín, etc., pero la derrota será siempre el sino de quienes persigan la Verdad y la Caridad de Cristo; sin excluir a la misma organización de los Testigos, cuando, a falta de ángeles, pretendan acabar ellos con todos los demás hombres. Hasta que llegue el último Armagedón en el Juicio Universal, donde Cristo aparecerá triunfante sobre toda la Humanidad, donde dará a los buenos el premio eterno y a los malos (cualquiera que haya sido su creencia religiosa) el eterno castigo.

Quiera Jesús atraer a todos a su Luz, de modo que nadie camine en tinieblas. A Él sigamos, a Él adoremos, a Él obedezcamos para que con Él reinemos para siempre en la Casa del Padre.

Conozcámonos, págs. 31-36.

Cursillos Bíblicos "Virgen de Fátima"

J. TAPIES, S. I.

REFLEXION

INACTUALIDAD DE LA ORACION

Por Hans Urs VON BALTHASAR

El cristiano que ya no reza debe buscar motivos que lo excusen, más aún, que lo justifiquen, como, por ejemplo: la oración pertenece a una época pasada era, sobre todo, una magia para pedir las cosas de que se tenía necesidad.

O también: la oración pertenece al Antiguo Testamento.

O también: la oración, para dar frutos, presupone la calma de la contemplación, el mundo del silencio y de la naturaleza; y, al contrario, en un mundo de incesantes ruidos, de la técnica, de la obligada socialización, de lujo de la oración no encuentra ni lugar ni tiempo.

No se es cristiano sin oración

Digámoslo en seguida: el cristiano sin oración no es cristiano. Su fe tiene un contenido bien concreto: Dios ha amado y continúa amándole a él y a todos, no solamente a todos de una manera anónima, sino también a cada uno como persona singular.

La elección de Israel fue una preparación: Tú y nadie más debe ser mi Tú —dijo Dios al pueblo— y no porque Tú seas hermoso o grande o poderoso, sino porque yo te

he escogido, con absoluta libertad por el amor, para el amor recíproco.

Pero Cristo, Dios hecho hombre, no se dirige globalmente a un pueblo, sino que —de una manera más impetuosa que en los llamamientos de los profetas— se dirige a cada uno. "Sígueme. Sobre ti descansa todo el peso de mi mano, que escoge, exige y bendice".

El llamado lo abandono todo y le sigue; él no tiene seguro alguno o reserva para el caso en que algo no resultara bien.

¿Dónde se reza más personalmente que en las cartas de San Pablo? Frecuentemente Él toma la plegaria litúrgica de la comunidad y la transforma en una plegaria de su propio corazón. Y ello no porque Él haya conservado hábitos de oración propios de su precedente vida farisaica; sino porque el Señor —del cual es siervo y que vive en él— es palabra de Dios, del Padre, palabra eterna, subsistente, que será siempre "eucaristía", respuesta de alabanza y de acción de gracias al Padre.

Jesús ora siempre, continuamente. Especialmente en San Lucas, Él se retira a lugares apartados para una oración personal; su bautismo, su transfiguración, el comienzo de sus sufrimientos tiene lugar durante la oración (3, 21; 5, 16; 6, 12; 9, 18-21; 1, 1).

En San Juan, Jesús resume toda su misión en la "oración solemne", como en uso de los sumos sacerdotes del templo. Hasta sus últimas palabras, inmediatamente antes de la muerte, son un diálogo de Jesús con Dios.

No hay sucedáneos para la oración

El cristiano de todos los tiempos tiene que entregarse a la oración. En modo alguno puede desviarse de esto, no tiene otra salida, ni con la pura acción, ni con la pura liturgia, ni con la pura unión solidaria con aquellos que no saben orar o que se han desentendido ya de la oración.

Pura acción

Ciertamente, algunos, en el pasado, con el fin de evitar los esfuerzos de la acción, se refugiaban en el goce de la contemplación, considerándola como una preguatación del cielo o también, simplemente, como una más fácil anticipación de Dios (Juan de la Cruz y el padre de Foucauld pueden demostrar como la "verdadera" vía para la contemplación exige un esfuerzo inmenso).

Es posible que los apóstoles —y muchos de sus sucesores— hayan subestimado este esfuerzo, cuando, recogidos en Jerusalén, permanecieron unidos en la oración, salvo pequeñas peregrinaciones apostólicas a los alrededores.

Que hoy los jóvenes cristianos quieran testimonios, principalmente a través de la acción —a saber, acción que verdaderamente cambie y revolucione las estructuras de la sociedad— es cosa comprensible y justificada, especialmente cuando se observa que ante los horrores del mundo muchos asisten pasivamente, débilmente y sin fantasía.

En vez de decir "Señor, Señor"; y "hágase la voluntad de Dios"; en vez de pasar junto al desgraciado rezando rosarios y breviarios, éstos deberían bajar de su montura, como hizo el samaritano. Hacer al más pequeño de los hermanos de los países subdesarrollados lo que Cristo quiere que se le haga a Él mismo.

Sin embargo —y esto se le dice a cristianos conscientes—, la acción cristiana, para ser digna de este nombre y distinguirse de una acción puramente mundana, más que de un sentimiento humano debe provenir de más lejos, esto es, del reconocimiento, de gratitud y simpatía con Cristo en la Cruz, y debe estar dispuesta a avanzar mucho más, esto es, hasta el sufrimiento y la participación de la Cruz.

La acción cristiana ocupa un lugar intermedio entre el ofrecimiento personal y la oración y la entrega del propio ser, que se ha hecho totalmente disponible para Dios.

Pura liturgia

Con motivos justos, la Edad Media construyó catedrales mayores que las que la liturgia podían llenar. Sólo

en una época en la que el hombre abandona la Oración personal para transformarla en comunitaria, se pueden proyectar iglesias concebidas de un modo puramente funcional para el servicio divino de la comunidad.

El retorno al comunitarismo litúrgico, después de radicales reformas en la lengua, textos, homilías, etc., y la adaptación de nuevos y antiguos ambientes a estas nuevas exigencias, constituyen, sin más, una cosa justa e importante. Sin embargo, es necesario evitar que esto dé lugar a un cómodo pretexto para una acción clerical que se mueva en el vacío y sin finalidad: inversión de altares, uso de incienso, creación de nuevos ornamentos para los ministros del culto, etc.

De esta manera, nuevamente se pone el acento en cosas secundarias: con dos minutos de silencio, después de la predicación y después de la comunión, ¿cómo se puede satisfacer la necesidad elemental del alma de la paz en Dios, del diálogo de corazón con Él? ¿Y quien después de recibida la comunión, puede "realizar" de tal manera los significados de la sagrada comunión? el cristiano tiene incluso necesidad de la silenciosa "adoración ante el Santísimo", o de la meditación silenciosa y personal de la Sagrada Escritura.

Que no se engañe el clero joven ni el clero mayor: la palabra de la predicación, aunque sea moderna, exegética, pastoral, sociológica (supuesto que haya tiempo para hacer todo esto), no es suficiente. Los fieles se dan cuenta en seguida si las palabras del predicador provienen de su profunda oración personal o si, por el contrario, son ligeras y superficiales como artículo de periódico. A la comunidad de los fieles no se le pueden dar piedras, en vez de panes.

La ley y la liturgia

Dos cosas del Antiguo Testamento han sido superadas por Cristo: la esclavitud de la ley y la liturgia del templo. Lo primero lo ha demostrado San Pablo, la segunda, la carta a los hebreos. La primera es saludada hoy hasta casi los límites de un dualismo maniqueo entre la ley y Evangelio, y este dualismo no proviene del Evangelio, sino que fue inventado por Lutero, y ya Kierkegaard se ha burlado de esto. Así se ha hablado tanto del "Evangelio" y del "Espíritu", que no ha quedado nada de la obediencia a la ley.

La segunda, que la liturgia del templo igualmente haya sido superada, se advierte quizá poco en nuestra verdadera litúrgica.

El hombre moderno y la oración

Finalmente, la fuga en solidaridad con los que no oran. Éstos han elaborado amplias teorías para explicar que "el hombre moderno" ya no sabe orar; teorías que son miradas con sorpresa por muchos cristianos.

(Continúa en la pág. 309)